

AUGUSTE COMTE Y EL POSITIVISMO

Por el Lic. Héctor BEECHE.

SUMARIO:

Primera Parte:

1. Importancia de la filosofía positiva.—2. Período preparatorio.—3. Período de fundación.—4. Período de constitución.

Segunda Parte:

5. La filosofía positiva.—6. La clasificación de las ciencias.—7. La ciencia positiva.—8. Los fenómenos y las leyes.—9. La lógica positiva.—10. La filosofía de las ciencias: 1) La matemática; 2) Ciencia de los cuerpos brutos; 3) La biología.

Tercera Parte:

11. Tránsito de la animalidad a la humanidad: el arte y el lenguaje.—12. La sociología: 1) La estática social; 2) La dinámica social; 3) La filosofía de la historia.

Cuarta Parte:

13. Los principios de la moral.—14. La moral social.—15. La idea de la humanidad: la religión positiva.

Quinta Parte:

16. Estimativa general.—17. Influencia del pensamiento positivista en la evolución de las ciencias penales.

AUGUSTE COMTE Y LA FILOSOFIA POSITIVA

Primera parte

I. IMPORTANCIA DE LA FILOSOFIA POSITIVA

Todo sistema filosófico, toda hipótesis científica, toda doctrina en general, sea cual fuere el campo que ocupe, tiene importancia para el desarrollo de la cultura humana. Algunos de esos sistemas o doctrinas, como el cristianismo, el islamismo, el judaísmo, han logrado profundo arraigo en el espíritu de los hombres; han tenido y siguen teniendo, a través de los siglos, millones de seguidores, por la fuerza de sus ideas, la calidad de los hechos que las respaldan y las circunstancias de su aparición. Así el cristianismo, gracias al imperativo espiritual de sus dogmas, constituye, como religión, el más poderoso aporte de las doctrinas teológicas modernas. Otros sistemas, de menos peso, sirven tan sólo para aumentar el caudal de la filosofía o de las ciencias, pero en muchas oportunidades significan un paso decisivo hacia la transformación de las ideas vigentes y, a menudo, dejan huellas indelebles en la cultura, ya por la creación de nuevas actividades del pensamiento humano, ya por la introducción de nuevos métodos de trabajo intelectual, o porque traen nuevos enfoques para la consideración de los problemas más trascendentales de la especulación filosófica.

El caso de la filosofía positiva es precisamente el que describimos en último lugar. Auguste Comte tuvo el mérito de echar las bases de un modo de pensar diferente, que, con todos sus errores, y exageraciones, sirvió, a pesar de todo, para fijar la atención de muchos filósofos y hombres de ciencia en sus ideas y reformar numerosas hipótesis de trabajo, discutir nuevos criterios y mirar de distinta manera la solución de cantidad de problemas. Y cuando así no fuera, bástale con haber fundado y bau-

tizado esa nueva disciplina llamada sociología, señalando al propio tiempo la existencia de una biología intelectual y afectiva de carácter positivo, base de la moderna psicología y del psicoanálisis, para que su nombre perdure entre el de los grandes reformadores de la filosofía moderna. Sus discusiones sobre la ley de los tres estados, la clasificación de las ciencias, su solución determinista, y la importancia de una física social —nombre con que señaló primeramente a la sociología—, tuvieron decisiva importancia para la biología y la futura criminología, ya que, algunos años más tarde, después de haber fallecido el ilustre filósofo francés, apareció un médico de Mántova, César Lombroso, quien lanzó a los cuatro vientos de la ciencia médica su famosa teoría del “criminal nato”, conmoviendo las bases del derecho penal; después de él siguió Rafael Garófalo y, al poco tiempo, Enrique Ferri, también seguidor de Lombroso, bautizó la nueva escuela de derecho criminal con el nombre de positivismo, basado en el determinismo de la conducta humana, por oposición al clasicismo de Francisco Carrara, que admitía decididamente el libre albedrío.

Importa pues a todo aficionado o estudiante de las ciencias sociales y jurídicas conocer el nacimiento y la trayectoria de la filosofía positiva, para mejor comprender el sentido del término que la distingue y apreciar su valor histórico. De tal suerte, se apreciará mejor la transformación genial que Comte logró dar al pensamiento científico a mediados del siglo pasado. A pesar de las naturales equivocaciones que un sistema elaborado sobre fundamentos todavía inciertos tenía que contener, su trayectoria ha sido brillante. Sin embargo, con todo y sus errores, no es de menos admitir hasta donde el razonamiento inductivo, al que el filósofo de Montpellier tenía tanto apego, le ayudó a construir ese edificio pacientemente ordenado que integra el famoso *Curso de Filosofía Positiva*.

II. PERIODO PREPARATORIO

Auguste Comte nació en Montpellier, vieja urbe del sur de Francia, el 19 de enero de 1798. Muy temprano fué alumno interno del liceo de su ciudad natal, donde; al poco tiempo, rompió con las creencias religiosas y convicciones monárquicas de sus padres, aun cuando siguió profesando muy viva admiración por el catolicismo y por el filósofo Joseph de Maistre, quien era en aquel tiempo el escritor más activo de esa religión.

Dejaremos a un lado su carrera de asistente de cursos de la Escuela Politécnica para ocuparnos exclusivamente de su actividad filosófica. Sus aptitudes lo inclinaban al estudio de las matemáticas y de las ciencias en general, por lo que profundizó las obras de Descartes, Leibnitz, Newton y los biólogos, como Lamarck, Cuvier, Gall, Bichat, etc., sin por ello descuidar la lectura de los filósofos, entre ellos Adán Smith, Hume y los escoceses en particular. Las cuestiones sociales lo preocupan también en alto grado; conocía bien a Montesquieu, Condorcet, y a de Bonald.

En 1818 empieza a tratar a Saint Simon y durante cuatro años trabaja con él, pero en 1822 se produce una ruptura: es que Saint Simon chocaba con Comte debido a una multitud de ideas que emitía sin preocuparse por verificar su exactitud, mientras que este último pensaba como Descartes que la coherencia lógica es el signo más seguro de la verdad. Por otra parte, con motivo de su carencia de intuición científica suficiente, Saint Simon no asimilaba bien el aspecto principal de pensamiento de Comte. No obstante, la influencia del gran filósofo que era aquél fue decisiva en el segundo, pues le sugirió cierto número de ideas básicas para su filosofía y además le enseñó cómo debía fundir sus dos órdenes o grupos de trabajos, el científico y el social, en uno solo, para la creación de una ciencia que fuera social, y siguiendo ese rumbo, de una política que fuera científica.

III. PERIODO DE FUNDACION (1822-1842)

Un hecho capital domina el período durante el cual hizo su aparición la filosofía positiva: es la Revolución Francesa. La primera generación del siglo se imaginó que el antiguo régimen se había completamente derrumbado y que se le imponía la tarea de reconstruirlo; ese era el problema que preocupaba a Chateaubriand y a Fourier, a Saint Simon y a Joseph de Maistre, y a Cousin como a Comte. La originalidad de Comte consiste en recabar de la ciencia y de la filosofía los principios de los cuales va a depender la reorganización social que es la verdadera meta de sus esfuerzos; también quiere fundar una política, pero que sea positiva: según Comte las instituciones dependen de las costumbres y las costumbres dependen de las creencias; su política descansará pues sobre una ética y sobre una filosofía igualmente positivas. La filosofía no es menos indispensable a la política, para fundarla, que la política a la filosofía para rematarla y unificarla. Tales son los puntos de vista que expone en 1822

en un libro titulado *Plan de los trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad* y reimpresso luego en 1824 bajo el nombre de *Sistema de política positiva*.

En esa producción Comte expresa que una doctrina orgánica se ha hecho necesaria, toda vez que la de los reyes es retrógrada y la de los pueblos anárquica: esta idea de anarquía mental es toda la razón de ser de la sociología, sea establecer la unidad en el pensamiento humano y tal es el propósito del autor. La reorganización tendrá que ser lenta y comprenderá la fundación y constitución de la ciencia social, las que se realizarán luego en su *Curso de Filosofía Positiva*, publicado de 1830 a 1842, obra que se puede titular, sin lugar a dudas, como la producción filosófica más notable del siglo XIX, y así la estima Herbert Spencer.

IV. PERIODO DE CONSTITUCION (1842-1857)

El *Curso de Filosofía Positiva* fue seguido por un *Discurso sobre el espíritu positivo* en 1844.

Comte se había casado en 1825, pero no tuvo suerte en su vida matrimonial, que califica como la única falta grave de su vida; en 1842 se había separado de modo definitivo de su esposa y en 1845 conoció a una dama muy distinguida con quien tuvo amores, Mdme. Clotilde de Vaux, romance que apenas duró un año pues ella murió en 1846. No obstante, ese corto período bastó para hacer sentir al filósofo emociones de extrema violencia, que se transformaron en ideas y luego se fueron paulatinamente incorporando a su sistema. Al propio tiempo, trabajaba en la organización de una religión para la humanidad.

La exaltación de sus sentimientos, la preocupación de ese nuevo culto, la conciencia siempre presente de su misión sacerdotal, todo ello debía necesariamente ejercer una acción retroactiva sobre la doctrina que había fundado en el período anterior. De 1851 a 1854 publica el *Sistema de Política positiva instituyendo la Religión de la Humanidad*, en el que la filosofía de las ciencias y de la historia ya no es presentada como en el *Curso de Filosofía Positiva*. Más adelante examinaremos esta obra, que fue causa de numerosas desavenencias que tuviera con sus discípulos.

Comte murió el 15 de setiembre de 1857.

Segunda parte

V. LA FILOSOFIA POSITIVA

Por reorganizar las creencias, Comte va a sustituir la fe revelada, cuya virtud acaba de apagarse, por una fe demostrada. Esta fe nueva existe en un gran número de verdades científicas tales como las teorías solares de Copérnico, Kepler y Newton. Para establecer su nueva ciencia, Comte lanza una mirada sobre la anarquía intelectual que reina en todos los espíritus y trata de encontrar sus causas. Reflexiona que si las inteligencias están divididas entre sí, es que cada inteligencia está dividida contra sí misma: pero si una de ellas lograra establecer en sí misma una perfecta armonía, por esa misma virtud de la lógica tal armonía se comunicaría a los demás.

Bastará pues establecer en *un* espíritu la coherencia lógica: si él consiguiera descubrir en *un* espíritu dos métodos que tienden a excluirse, habrá encontrado la causa del desorden mental. Es ésta la primer manifestación de ese deseo de unidad que Stuart Mill se complacía en ridiculizar y que Comte expresaba en todas sus producciones. Sin embargo, es bueno observar que tal método es semejante al usado por Descartes en su *Discurso sobre el Método*. Comte, de tal suerte, llega a discernir dos maneras de pensar: la primera quiere investigar la causa de los fenómenos, su esencia, especula sobre el alma humana, el contrato social, etc., (modo metafísico); y la segunda se da por satisfecha cuando, mediante la observación o la deducción, ha logrado conocer las leyes que rigen las diversas categorías de fenómenos, pues tales leyes permiten en ciertos casos intervenir en esos fenómenos y sustituir el orden natural por un orden artificial, mejor acomodado a las necesidades del hombre. Esto es lo que expresa la fórmula: ciencia, por lo tanto previsión; previsión, por lo tanto acción, que es la síntesis del modo relativo o positivo del pensar.

Se presentan entonces tres soluciones para resolver la anarquía mental: primero, encontrar una conciliación que permita la coexistencia de ambos modos de pensar, sin que se contradigan. Esta situación no podría durar sino en tanto el espíritu positivo no llegue a su completa expansión, pues entre más progrese mayor terreno pierde la concepción teológico-metafísica del mundo; segundo, restablecer la unidad universalizando el método teológico-metafísico. Los tradicionalistas, particularmente Joseph de Maistre, se dieron cuenta exacta de este aspecto del problema y trataron de situar a Europa nuevamente en el estado mental religioso de la

Edad Media, pero tal solución era impracticable porque no se puede retrogradar en el curso de la historia. La única respuesta que queda entonces es la tercera, que consiste en restablecer la unidad elaborando el método positivo universal. Una filosofía nueva queda entonces fundada y el problema de la coherencia lógica perfecta resuelto. La dificultad consistirá, únicamente, en lograr universalizar ese modo de pensar, en extenderlo a los fenómenos todavía concebidos en una forma teológico-metafísica, esto es a los fenómenos morales y sociales. Para ello surgirá la fundación de la física social, que realizará la unidad del entendimiento y de la armonía mental.

VI. CLASIFICACION DE LAS CIENCIAS

Siendo tan conocida la ley de los tres estados, prescindiremos, por ahora, de su explicación, dejando su estudio para cuando hablemos de la filosofía de la historia de Comte. Diremos, brevemente, que es la ley en virtud de la cual la humanidad —y con ello el pensamiento y las ciencias derivadas de la actividad intelectual del hombre— han pasado sucesivamente y de una manera necesaria, por tres etapas: una edad teológica o religiosa; luego la edad metafísica, de carácter apriorístico y especulativo; y, finalmente, la edad de la ciencia positiva. Por el momento examinaremos de modo preferente la filosofía positiva misma, tal como se la encuentra en el "Curso".

Debido a que el espíritu positivo se halla repartido de una manera desigual en las ciencias, precisa efectuar de previo una depuración sistemática del espíritu teológico-metafísico: con el propósito de facilitar esa tarea la filosofía establece una jerarquía entre las ciencias. Por eso Comte considera las ciencias abstractas y teóricas como las únicas en las que el espíritu teológico-metafísico se hace sentir, o sea las que tienen como único objeto el conocimiento de las leyes que estudian los fenómenos, abstracción hecha de los seres concretos en los que tales fenómenos se presentan; Comte las llama fundamentales porque las demás las suponen, mientras que ellas no suponen las otras.

Para clasificar las ciencias, Comte se basa en las clasificaciones racionales de las ciencias naturales y distingue, después de las matemáticas, a tres ciencias de los cuerpos brutos: la astronomía, la física y la química; y dos ciencias de los cuerpos organizados: la fisiología o biología y la física social o sociológica.

La primera de todas las ciencias considera los fenómenos más generales, los más sencillos, los más abstractos, los más alejados de la humanidad, influyen sobre los demás sin ser intervenidos por ellos; lo contrario sucede con la última de esas ciencias: "Entre los dos extremos, los grados de especialización, de complicación van en escala ascendente." Comte declara que esa escala responde al desarrollo de las ciencias, toda vez que la primera que se constituyó fue la matemática y la sociología ha sido la última. Aparte de las críticas de Spencer, que son las más conocidas, se reprochó a la citada jerarquía científica su antropocentrismo, pero Comte contestó que durante la formación del positivismo la filosofía va del conocimiento del mundo al del hombre, en otros términos es objetiva, y que, una vez establecido el espíritu positivo de una manera definitiva, será subjetiva; de allí que tomara al hombre como eje fundamental y así lo veremos. Su clasificación expresará el orden y la ley de los tres estados del progreso de la humanidad: estas dos palabras, orden y progreso, pueden tenerse como la divisa del positivismo y bastan para dar a entender la importancia que presentan respectivamente la ley y la clasificación. Al final de su vida, Comte agregó a las seis ciencias primitivas, una séptima, la moral o ética, o sea la ciencia de las leyes que rigen las emociones, las pasiones, los deseos, etc., del hombre, considerado como individuo; pero esa disciplina resulta más bien una psicología moral que una ética propiamente dicha en el sentido en que la toman los filósofos.

VII. LA CIENCIA POSITIVA

El espíritu positivo consiste, ha repetido a menudo Comte, en mantenerse igualmente lejos de dos escollos, cuales son el misticismo y el empirismo. La ciencia positiva se abstiene pues de perseguir el conocimiento de la sustancia, los fines y aún las causas, en el sentido de encontrar su esencia: su objeto es únicamente el estudio de los fenómenos y de sus reacciones. El progreso científico consiste en disminuir el número de leyes distintas e independientes, extendiendo sin cesar los vínculos que existen entre ellas. La previsión resulta pues el carácter esencial del conocimiento científico y, cuando dice Comte "toda ciencia tiene por objeto la previsión", debe entenderse "toda ciencia tiende a sustituir la deducción a la experiencia, el conocimiento racional al empírico". Al mismo tiempo Comte plantea el principio de la relatividad de la ciencia, condenando la persecución de lo absoluto.

VIII. LOS FENOMENOS Y LAS LEYES

Si el progreso científico consiste en disminuir el número de leyes, la perfección del sistema positivo consistiría en representarse los diversos fenómenos observables como casos particulares de un hecho único general, como el de la gravitación, por ejemplo. Aun cuando sea una utopía, el espíritu humano tiene secreto apego por esa idea, que arranca de un deseo innato de unidad del que no puede desprenderse. Sin embargo, en vez de concebir a priori los fenómenos y las leyes como susceptibles de una reducción que, de hecho es imposible, el método positivo quiere que se determine por la observación los caracteres generales de esos fenómenos y de tales leyes. De tal suerte, Comte llega a establecer los siguientes:

Primero: a medida que los medios de estudiarlos van perfeccionándose, los fenómenos se tornan cada vez más complejos. Así, al método de las matemáticas puras se agrega la observación en astronomía, la experimentación en la física, el arte de las nomenclaturas en química, el método comparativo en biología y el método histórico en la ciencia social. Con esta última ciencia del método positivo ha quedado completo.

Segundo: entre más complejos se vuelvan los fenómenos, más modificables serán. Esta ley es evidente.

Tercero: entre más complejos son los fenómenos, más imperfectos resultan.

Todos estos fenómenos están sometidos a leyes: es el principio supremo, el "dogma fundamental" de la ciencia y de la filosofía positiva. Comte lo enuncia así: "Todos los fenómenos, cualesquiera que sean, inorgánicos u orgánicos, físicos o morales, individuales o sociales, están sometidos de modo continuo a leyes rigurosamente invariables." Hasta que no fue creada la Sociología ese postulado no poseía todavía una universalidad efectiva, puesto que los fenómenos morales y sociales no eran concebidos como sometidos a leyes invariables; pero, una vez que el espíritu positivo efectuó su postrera conquista, ese principio adquirió, inmediatamente, una plenitud decisiva y pudo formularse como de universal aplicación a todos los fenómenos. Visto de tal suerte, el men-

cionado principio no resulta sino una inmensa inducción, producto de una suma progresiva de inducciones que se verifican sucesivamente en cada categoría de fenómenos.

Por otra parte las leyes son consideradas como invariables y suponen un orden natural, que está muy lejos de ser absoluto. Son leyes de dos clases: unas, particulares de cada orden de fenómenos (químicas, sociológicas, etc.) y son del resorte de la ciencia misma; y otras aparecen cuando el espíritu abandona el ángulo especial de la ciencia para situarse en el punto de vista universal de la filosofía. Son estas las leyes enciclopédicas y se encuentran en los distintos órdenes de fenómenos; pertenece a la filosofía su universalización (V. Levy Bruhl, *La moral y la ciencia de las costumbres*, Les Presses Universitaires de France, Paris, 1953, págs. 59 a 64).

IX. LA LOGICA POSITIVA

La lógica formal, que establece a priori los principios y el mecanismo del razonamiento, queda sustituida en Comte por el estudio de las matemáticas: la utilidad de la lógica resulta así mejorada.

En cuanto a la metodología, Comte piensa que ningún arte puede ser enseñado in abstracto, tanto el de razonar bien como el de experimentar, de encontrar hipótesis, etc.; los métodos no pueden entonces ser estudiados fuera de las investigaciones positivas de lo que son su objeto y el filósofo francés nunca deja de distinguir en la ciencia entre el contenido y el método, o sea lo que llama el punto de vista científico y el punto de vista lógico. Existe, no obstante, una lógica positiva en la que puede distinguirse, en primer lugar, la parte teórica, que trata de las leyes lógicas que gobiernan el mundo intelectual y son invariables y universales. Comte rechaza para descubrirlas el método introspectivo de la antigua escuela, o sea la observación interna, ya que el espíritu no puede simultáneamente pensar y mirarse. Cree que se puede incluir su estudio, positivamente, en la sociología. Estas leyes son al estilo de la de los tres estados, por lo que se ve que el espíritu positivo se abstiene de especular sobre los principios directos del conocimiento: principio de identidad, de causalidad, etc., ya que ninguna ciencia pone en discusión sus propios postulados.

Existe otra parte en la lógica, que es la lógica aplicada o teoría del método, que toma un nuevo sentido en el positivismo. Se forma insensiblemente por una especie de inducción práctica. Para despren-

derla Comte no se coloca desde el punto de vista especial del sabio, sino que se sitúa en el más general del filósofo y desde allí abarca de un golpe de vista toda la jerarquía de las ciencias. Es una verdadera epistemología.

El método positivo es uno y tiende siempre al mismo fin: establecer las relaciones invariables que constituyen las leyes efectivas de todos los acontecimientos observables, de tal modo susceptibles de ser previstos racionalmente, los unos conforme a los otros. Dicho método procede merced a una triple abstracción:

a) Separa, ante todo, las exigencias prácticas del conocimiento teórico, para no ocuparse sino de éste;

b) Deja a un lado las consideraciones estéticas que, aunque desinteresadas, permanecerán extrañas a las investigaciones científicas; y,

c) Distingue siempre el punto de vista abstracto del punto de vista concreto, que es la condición misma de existencia de la ciencia.

En suma, el Método Positivo, como el cartesianismo, mediante un proceso analítico, remonta a lo que hay más fácil de conocer (método objetivo) para luego descender por medio de una marcha sintética y progresiva hacia la realidad que proporciona la experiencia (método subjetivo). Ambos métodos se acercan a las metamáticas (Levy-Bruhl, págs. 119 a 128).

Se ha criticado al método positivo su falta de unidad: en efecto, el método objetivo va del conocimiento del mundo al conocimiento del hombre, da origen a la filosofía positiva; el método subjetivo va del conocimiento del hombre al del mundo, dando nacimiento a la filosofía teológica o metafísica. Los dos métodos parecen pues incompatibles. Pero Comte distingue en la marcha intelectual de la humanidad dos grandes períodos: durante el primero, el espíritu positivo aplica sucesivamente el método científico de análisis, esto es objetivo, a órdenes de fenómenos cada vez más elevados; la fundación de la sociología marca su término. Esto constituye lo que Comte ha completado en lo que él llama su primera carrera y en su "Curso". En ese punto comienza el segundo período: el espíritu positivo deviene sintético y, reaccionando sobre las ciencias particulares, se convierte en universal aplicando el método subjetivo "regenerado", y así, desde el punto de vista moral y religioso, ya constituida la sociología y establecida la filosofía positiva, las funciones propias de la religión aparecen, y la inte-

ligencia, reconociendo que no tiene su fin en ella misma, se somete al principio "obrar por afección y pensar para actuar".

Pero la inteligencia no es en nosotros más que un medio; el amor es el principio, la acción es la meta. Y es al hombre, en definitiva, al que debe dirigirse nuestro estudio del mundo. Esto es lo que Comte ha expuesto en su segunda carrera y en su "Política Positiva", instituyendo la religión de la humanidad.

X. LA FILOSOFIA DE LAS CIENCIAS

Es una de las partes capitales de la obra de Comte.

A sus ojos revélase inseparable de la filosofía de la historia y de la teoría del progreso, pues las ciencias son grandes hechos sociológicos supeditados, en su evolución, a leyes universales invariables. Partiendo de ello Comte ha intentado estructurar una concepción, ya no metafísica, sino filosófica, pero que permanezca siempre positiva: es la que ha expuesto sobre todo en los tres primeros, volúmenes de su "Curso".

Se fundamenta, desde el punto de vista estático, en la jerarquía de las ciencias, la unidad del método y la homogeneidad del saber; desde el punto de vista dinámico, se esfuerza en demostrar la convergencia progresiva de todas las ciencias hacia la sociología, ciencia *final* y *universal*.

1) *La matemática*.—El conjunto de la matemática se divide en dos partes: a) la matemática abstracta; y b) la matemática concreta. Esta estudia los fenómenos geométricos y mecánicos; aquélla estudia el cálculo, o sea desde las operaciones más simples hasta las combinaciones del análisis. En el estudio de la matemática abstracta, Comte examina los cálculos aritméticos, algebraicos, y el cálculo diferencial e integral o análisis. En el estudio de la matemática concreta, examina la geometría, ya sea elemental o analítica; después la mecánica con sus tres leyes (ver Renouvier, *Lógica formal*, pág. 267).

2) *Ciencia de los cuerpos brutos*.—La Astronomía tiene por objeto descubrir las leyes que rigen los fenómenos geométricos y los mecánicos que presentan los cuerpos celestes. Es la "aplicación de las matemáticas al caso celeste". Allí aparece la observación y con ella el método inductivo: la hipótesis, inseparable de la observación puede ser estudiada en su simplicidad primitiva. Comte distingue entre la astronomía geo-

métrica y la astronomía mecánica, que forman la física celeste. En cuanto a la física terrestre, tiene por objeto el conocimiento de las leyes generales del mundo inorgánico; comprende la Química y la Física.

La experimentación, segundo procedimiento del método inductivo, aparece con la física: bajo este nombre Comte designa lo que Stuart Mill llamará método de diferenciación. En relación a las hipótesis, Comte encuentra más que todo las erróneas, tales como las de los éteres y de los flúidos. La Teoría Corpuscular por el contrario, le parece buena y él propone este principio: "Toda hipótesis debe referirse exclusivamente a las leyes de los fenómenos y nunca a sus modos de producción."

La química tiene por objeto, dadas las propiedades características de las sustancias simples o compuestas, ordenadas según relaciones químicas de características bien definidas, determinar exactamente en qué consistirá su acción y cuáles serán las propiedades de los nuevos productos. Comte critica la hipótesis de las afinidades (ver Levy Bruhl, págs. 192-193).

3) *La Biología*.—Los fenómenos biológicos presentan un conjunto de características que les son propios: la ciencia positiva que los estudia tiene como primera obligación respetarles su originalidad. Comte se aleja pues de Descartes que concibió la biología como una continuación de la física. La biología carece de ciertos procedimientos, tales como el cálculo; por otra parte, el método inductivo es arduo de aplicar, la observación resulta insuficiente y la experimentación muy delicada, pero, en cambio, el método comparativo es el procedimiento de análisis de la continuidad biológica; además, la biología está íntimamente vinculada con la taxonomía o Ciencia de la Clasificación.

Como parte de la biología, Comte sitúa la psicología, que no figura entre las ciencias fundamentales: esto ha sido motivo para formular grave objeción contra toda la doctrina. Pero hay que entenderse sobre el contenido de la psicología. Si la palabra significa "ciencia del alma obtenida por el método introspectivo o de observación interior", Comte no admitirá, en efecto, la existencia de tal disciplina. Pero si se le define como "la ciencia que busca las leyes de los fenómenos sensibles intelectuales y morales de los hombres y de los animales", es inexacto decir que no existe psicología en la concepción de Comte. Si no ha usado este término, es para evitar confusiones con la de Cousin, fundada sobre el análisis del "yo".

Su psicología se vincula con las de Cabanis y de Gall. Cabanis concibe los fenómenos psíquicos actuando y oponiéndose a los demás fenómenos vitales, y su relación con el cerebro es idéntica a la que

existe entre una función (circulación) y su órgano (corazón). Aunque concibe de una manera positiva esos hechos, Cabanis no construyó la ciencia, fué Gall quien fundó la psicología positiva: "Nos atenemos, dice Gall, a la observación, no consideramos las facultades del alma sino en tanto se convierten para nosotros en fenómenos por medio de órganos materiales. No afirmamos ni juzgamos nada que no pueda ser juzgado por la experiencia." De tal suerte llega a apoyarse en la psicología y la patología mentales y en la observación de los animales.

Comte reduce a dieciocho las veintisiete facultades de Gall (diez para el corazón, cinco para el espíritu y tres para el carácter). Las sitúa arbitrariamente en el cerebro. De su psicología se puede desprender:

a) Una teoría de la percepción: Comte insiste en la participación habitual del razonamiento en las operaciones atribuidas únicamente a la sensación;

b) Una patología mental (estudio de los trastornos del "Yo", es decir, de la personalidad, del habla, abulia, etc.);

c) Una psicología animal, que se refiere a las enfermedades comunes a los hombres y los animales.

En resumen, a la psicología ecléctica de Cousin, Comte substituyó dos ciencias positivas: la *Psicología Fisiológica* y una *Psicología Sociológica* (étnica social de las multitudes, etc.).

Tercera Parte

XI. TRANSITO DE LA ANIMALIDAD A LA HUMANIDAD: EL ARTE Y EL LENGUAJE

Si Comte no ha separado la psicología de la biología es, en primer lugar, porque concibe los hechos psicológicos como una función del cerebro; y, en seguida, porque rechaza el postulado de los filósofos que reconocen cierto orden de realidades morales al que los animales no tienen acceso. En el estudio comparado del hombre y del animal, el método positivo substituye el punto de vista objetivo al antropocentrismo, y la observación a la imaginación. El problema se plantea entonces del siguiente modo: "Dado que el hombre forma parte de la serie animal,

en la que representa el término más elevado, hay que dar cuenta de las diferencias que lo colocan tan alto por sobre el término que le antecede."

Comte se apoya en estos dos postulados:

1. La identidad ingénita de las funciones esenciales en los hombres y en los animales.

2. La constitución fundamental del hombre es invariable: "Evolución, pero no transformación." Este gran principio, transmitido por la biología a la sociología, domina completamente esta última ciencia.

Desde entonces, nuestra *evolución social* queda entendida como el término extremo de una progresión, continuada sin interrupción, en la que el predominio de las funciones orgánicas va siendo poco a poco menos exclusivo, para dar lugar, en primer término, al de las funciones animales, y por último al de las funciones intelectuales y morales, cuyo desarrollo es la definición misma de la humanidad.

Comte niega el instinto en los animales, que se ha contrapuesto a la inteligencia humana, y atribuye un rudimento de lenguaje a los animales superiores. Refuta de tal suerte las dos principales objeciones que le han formulado.

Comte desarrolla una teoría interesante del lenguaje. Según él, toda emoción es acompañada de la necesidad de manifestarla, y esta expresión reacciona sobre la emoción misma; en el hombre cada cual expresa sus afecciones para satisfacerlas mejor, determinando a sus semejantes a secundarlo. El lenguaje es de origen afectivo, es decir, estético: traduce los sentimientos antes que los pensamientos, lo que se exterioriza en las inflexiones de la voz.

El lenguaje se compone de signos. Hobbes los define como una relación constante entre dos fenómenos percibidos por el sujeto; el lenguaje es pues un medio de relacionar lo interno con lo externo, equivale a un sistema de observación de la vida mental (se llama de tal manera objetivo lo que está situado fuera del sujeto pensante).

Los signos que se dirigen al oído y a la vista ofrecen ventajas especiales; en los gestos y gritos tenemos el origen de lo que será más adelante el sistema de los signos artificiales; después, la comunicación de los pensamientos sustituye la de las emociones. Así pues, el lenguaje comprendía en forma resumida, su conjunto de gestos y gritos como primera manifestación; éstos reemplazaron a aquéllos como más expresivos. Después, del canto más o menos organizado nació la poesía:

de tal suerte, los niños ejercitan su voz antes de aprender a hablar; luego, de la poesía nació la prosa. Del mismo modo, en el campo visual la escritura viene a ser al dibujo, lo que la palabra al canto.

La doctrina de Comte estableció, pues, un estrecho parentesco entre el lenguaje y el arte; por lo que la tónica de dicha teoría reviste un fuerte relieve estético.

Condillac y su escuela no consideraron más que una sola clase de combinación: la lógica de los signos. Pero en realidad ésta descansa en la lógica de las imágenes, que a su vez se apoya en la de los sentimientos, sea la más instintiva. Los signos se unen a nuestros pensamientos de una manera mucho menos íntima y menos espontánea que lo hacen las imágenes y con mayor razón los sentimientos.

La teoría positiva permitirá, no resolver pero sí aplazar, el asunto del idioma universal. La unificación de las lenguas derivará de la unificación moral de los pueblos. El análisis matemático constituye, en parte, un idioma universal puramente científico; pero, en la actualidad, tenemos el arte como una actividad que abarca a toda nuestra especie. Es por tal razón que Comte aconseja a todos los niños aprender música y dibujo.

XII. LA SOCIOLOGIA

La sociología estudia las leyes de los fenómenos sociales. Comte ostenta su deseo de hacer justicia a sus antecesores. Aristóteles, con su Política, habría fundado la Estática Social; Montesquieu, quien abusó del método comparativo; Turgot, a quien se debe la ley de los tres estados; y sobre todo Condorcet, a quien Comte llama "su padre espiritual", figuran como precursores. La obra de Comte ha consistido en dar a la sociología su método, su impulso y su nombre: se negó a resumirla en la biología, porque hubiera sido anular la observación directa del pasado.

Si en la biología, los sabios se veían ya forzados a ir de lo compuesto a lo simple, esto es a recurrir al trabajo de la inducción, con mayor fuerza el mismo método se había de imponer en la sociología: ésta arranca con la observación, pero con gran cautela; en cuanto a la experimentación, se reduce a dos casos que difieren por una circunstancia definida y únicamente por ella. La *comparación* es tan preciosa al biólogo como al sociólogo, si la emplea con prudencia; pero el método específicamente sociológico, con el que remata el método positivo, es

según Comte, el *método histórico*, que reposa sobre el postulado: "la naturaleza del hombre evoluciona sin transformarse".

A propósito de este método, conviene señalar que no hay que confundir la historia concreta o puramente narrativa con la historia abstracta que tiene por fin el descubrimiento de las leyes que rigen el desarrollo social de nuestra especie.

Explicado así el método sociológico, la sociología cobra el aspecto definido de una ciencia: es entonces cuando el método se torna deductivo: puesto que la sociología es una ciencia, debe poder reemplazar la constatación empírica de los hechos por una previsión racional. Como las ciencias se van suponiendo las unas por las otras, la sociología se convierte a la vez en el resumen y el coronamiento de las ciencias que la preceden: "Si las leyes de la sociología pudieran sernos lo suficientemente conocidas, dice Comte, bastarían ellas solas para sustituir todas las demás, salvo las dificultades de la deducción." En adelante los problemas filosóficos no se plantean más desde el punto de vista del hombre abstracto o en sí, intemporal; la consideración de la historia interviene, necesariamente, y los problemas se formulan en términos sociales. En ello reside el sentido profundo de la doctrina sistematizada por Comte.

1) *La Estática Social*.—La sociología separa el estudio de las condiciones de existencia de una sociedad (*Estática Social* o *Teoría del Orden*), y el de las leyes de su movimiento (*Teoría del progreso*). La parte esencial, según Comte, en esta última es la dinámica. En la estática, Comte hace el análisis de la sociedad y se detiene en la familia: "La sociedad humana se compone de familias y no de individuos: es un axioma elemental, estático."

La teoría positiva se funda en la sociabilidad natural del hombre. Por consiguiente, la doctrina del contrato no necesita ser contemplada. Comte examina en la familia los lazos del hombre y de la mujer, y representa a ésta como "viviendo un estado de infancia continuado"; si bien superior al hombre por el desarrollo natural de la simpatía, le es inferior en cuanto a la inteligencia y la razón. Este es uno de los puntos que separan a Stuart Mill de Comte: éste ve en el matrimonio "la primera base necesaria de toda sociedad". Condena pues el divorcio, por más que pudo disfrutar de sus beneficios.

Mientras que en la familia el principio constitutivo se encuentra en las funciones afectivas, en la sociedad consiste en la cooperación que se llama hoy "División del trabajo". Aristóteles había ya formulado este principio. La contrapartida la representa el gobierno o la combinación

de fuerzas: en efecto, mientras la división del trabajo tiende a debilitar la comunidad de pensamiento y de sentimiento, el gobierno es un principio de "cohesión social". Pero la sociedad, para realizar su unidad, deberá acogerse a la religión positiva; el papel del gobierno será entonces "espiritual" y en la sociedad positiva ejercerá una actividad semejante a la de los Papas en la Edad Media. Estas deducciones son extraídas directamente del principio que hemos enunciado anteriormente, "reorganizar las ideas para reorganizar las costumbres y luego la sociedad".

En resumen, vemos cómo Comte, para estudiar el "organismo colectivo" como él lo llama, se representa a la humanidad como a un ser único. Esta concepción, hipotética en la ciencia, deviene un ideal para la moral y un objeto de amor para la religión.

2) *La Dinámica Social*.—Es la ciencia de las leyes del progreso. Aquí, como en la estática, la especie humana es contemplada como un individuo. Los antiguos se representaban los movimientos sociales como circulares u oscilatorios; la idea del progreso apareció con la filosofía de la historia que enseñaba el Cristianismo, pero que luego se oscureció. Fue Condorcet quien desentrañó la teoría. La mayor parte de los investigadores han sido detenidos por la Edad Media, que consideran como una regresión. Por otra parte, para que la idea del progreso lograra su forma definitiva era necesario que la psicología positiva frenara los sueños de perfección humana.

Para Comte, el progreso se manifiesta por la extensión de nuestros conocimientos y el perfeccionamiento de las artes fundado en dichos conocimientos; después, por el desarrollo de los atributos que distinguen al hombre del animal (inteligencia y sociabilidad). Este progreso tiene en todo caso sus límites. Durkeim (véase el estudio *Sociología y Ciencia Sociales* en la colección "De la Méthode dans les Sciences", Libraire Félix Alcan, París, 1920, pág. 319, Tomo 1), declara que "la estática trata de determinar en qué consisten esos vínculos de solidaridad y sus conexiones. La dinámica, por el contrario, considera las sociedades en su evolución, y se aplica a descubrir la ley de su evolución. Pero el objeto de la estática, tal como lo entendía Comte, se determina poco, como resulta de su definición que se acaba de dar (La estática estudia las sociedades considerándolas como fijadas en un momento de su devenir e investiga las leyes de su equilibrio): por eso no ocupa sino unas pocas páginas en el *Curso de Filosofía*. El mayor sitio lo ocupará la dinámica. Todo el problema de que trata la dinámica es único; según Comte una sola y misma ley domina el curso de la evolución: es la famosa

ley de los tres estados. Investigar esa ley sería el único objeto de la dinámica social. Así entendida, la sociología se reduciría a una sola cuestión, de suerte que, una vez resuelto ese problema —y Comte creyó haber encontrado su solución definitiva—, la ciencia estaría hecha. Ahora bien, está en la naturaleza de las ciencias positivas no estar nunca determinadas. Las realidades de que tratan son demasiado complejas para agotarse jamás. Si la sociología es una ciencia positiva, puede asegurarse que no cabe en un solo problema, sino que comprende por el contrario, partes diferentes, ciencias distintas que corresponden a los diversos aspectos de la vida social.²³

Siendo la teoría del progreso el centro de la sociología, que es la parte esencial del positivismo, los enemigos de éste se han encarnizado contra la misma. Han pretendido desprender de ella el fatalismo, el optimismo y el quietismo. A la primera objeción Comte contesta que su filosofía no admitía nada como absoluto: la actividad del hombre puede entonces mostrarse eficaz en cuanto a los fenómenos sociales, sin el renunciamiento del fatalismo, modificando la intensidad de aquellos o su velocidad, pero no el número de los mismos ni su ordenamiento.

3) *La Filosofía de la Historia.*—Para establecer esta filosofía Comte ha debido enunciar dos postulados. Primero: ha construido al hombre primitivo y la sociedad donde vivía; segundo: no considera más que la evolución de la raza blanca.

Su principio director es la unidad. La especie humana será, pues, una inmensa unidad social, y la evolución de la humanidad tiene como meta la unidad moral y religiosa de todos los hombres. La humanidad va de la religión espontánea, con la que comienza, a la religión demostrada, en la que se consolida definitivamente.

Los estados sucesivos que la humanidad atraviesa no son homogéneos: los tres estados se mezclan en grados diversos. Durante el estado teológico, el hombre contempla los hechos del universo como gobernados por voluntades particulares de seres reales o imaginarios, alentados de vida e inteligencia. Luego sobrevino el Fetichismo, en el cual se adora una montaña o un río particulares, como si fuera una divinidad; la idolatría de los astros, que es la última forma del fetichismo le sobrevivió, en parte porque, siendo inaccesibles los objetos, no se comprobaba que estuvieran inanimados; y, en parte, a causa de la espontaneidad constante de sus movimientos.

Después sobrevino el Politeísmo; durante su transcurso tomó vida el modo metafísico, que reemplazó las voluntades divinas por entidades

tales como la Naturaleza. El crecimiento del espíritu positivo determinó la transición hacia el Monoteísmo, que está lejos de ser una concepción natural al hombre; su forma más desarrollada, el Cristianismo, ha admitido en su teología la concepción plenamente politeísta del diablo. No obstante, el estado metafísico o abstracto formó concepciones intermedias entre la teología y el positivismo; es propiamente un estado transitorio, de un carácter bastardo que se caracteriza por el desarrollo del espíritu crítico, que ha sido un gran recurso en la lucha contra el espíritu teológico.

La marcha del espíritu positivo continuó durante este período y la objeción que se ha hecho a esta concepción ascendente del espíritu positivo, que consiste en representarse a la Edad Media como un período retrógrado, la refuta Comte así: desde el punto de vista artístico la Edad Media ha producido obras maravillosas (catedrales, poemas dantescos, canto llano); en lo intelectual creó las lenguas modernas; y desde el punto de vista científico, la alquimia y la astrología han contribuido a establecer el principio de la invariabilidad de las leyes. Comte llega hasta admirar en exceso la Edad Media, ya que no termina de celebrar el "milagro de la hegemonía papal". La antigüedad no había conocido nada igual y ese milagro, la filosofía positiva se encargará de restaurarlo, terminando el admirable esbozo que la Iglesia había dibujado antaño.

El período moderno, que sigue a la Edad Media, no será más que la sucesión de las etapas necesarias para la descomposición del régimen de la Edad Media y la preparación del estado positivo. De entrada el movimiento es inconsciente (siglo XIV y XV); luego hasta fines del XVIII, la descomposición se completa gracias al protestantismo, puramente crítico y negativo, y termina con el deísmo filosófico. Esta filosofía, que tan bien supo destruir se ha mostrado impotente para construir; en este punto Comte se ha inspirado de Joseph de Maistre: como él, hace depender la salud de la humanidad en el porvenir de la unidad de la fe. Pero De Maistre niega el hecho resplandeciente del progreso y Comte, por el contrario, ha fundado en él la sociología. Relaciona con el pasado la idea del progreso, que Condorcet no supo aplicar más que al porvenir; esto le permite instituir una filosofía positiva de la historia y al mismo tiempo proyectar sobre el futuro el orden espiritual, que De Maistre no vio más que en el pasado, lo que le proporciona el marco de su "reorganización social". Esta filosofía de la historia es la dinámica social, y la política positiva consistirá en la reorganización de la sociedad por medio de un poder espiritual.

Cuarta Parte

XIII. LOS PRINCIPIOS DE LA MORAL

En el sistema de Comte, la Moral no es una ciencia especulativa abstracta; no forma parte pues de la jerarquía de las ciencias fundamentales. Descansa en la filosofía y la política le debe sus principios.

Ninguna de las tres morales vigentes satisface a Comte. El utilitarismo de Helvetius mutila la naturaleza humana negando las inclinaciones altruistas; la moral del deber de Kant, o al menos la que Cousin adoptó, no fue más que una especie de mistificación; finalmente, la escuela escocesa o del sentimiento, carecía de precisión y fuerza. Las morales teológicas, fundadas en una psicología más exacta que la de los filósofos les son bastante superiores.

La moral positiva descansa en la observación y no la imaginación; será relativa puesto que es positiva. El problema moral será: hacer prevalecer tanto como sea posible, los instintos simpáticos (sociabilidad) sobre los impulsos egoístas (personalidad). Comte admite entonces que la naturaleza humana comporta instintos simpáticos; esto no es un postulado sino un hecho sobre el cual reposa la sociedad.

El problema sería insoluble si el ascendente altruista no se viera favorecido:

1. Por un orden subjetivo de condiciones: antagonismo de los egoísmos; extensibilidad del altruismo; y, en fin, el sentimiento altruista proveniente de los instintos egoístas tales como el amor materno;

2. Por una "base objetiva": el orden moral en nosotros debe permanecer unido al orden del mundo, fuera de nosotros.

La perfección moral consistirá en la armonía realizada entre todos los hombres, por su buena voluntad mutua conforme a este principio: vivir para los demás; y, al mismo tiempo, por medio de la armonía realizada en cada alma individual merced a la sumisión del egoísmo al altruismo.

XIV. LA MORAL SOCIAL

En esta fórmula suprema de la moral positiva, Comte incluye a los animales capaces de afección y de devoción. Compete también a la

Moral regular los derechos y los deberes, sea las relaciones entre los hombres, que son muy tirantes: las relaciones entre los trabajadores y los empresarios son "anárquicas" lo cual tiende al egoísmo de éstos y a las exigencias de aquellos.

Comte hace un reproche a la burguesía; el capital que está entre sus manos es un instrumento de opresión. Así es como la invención de las máquinas, de la que se hubiera creído a priori que mejoraría las condiciones de los trabajadores, ha resultado por el contrario fuente de sufrimientos para ellos. Comte combate también la Economía Política, que no era todavía una ciencia; el comunismo y el socialismo, a los cuales reconocía sin embargo algunos principios, pero que no teniendo método científico han caído en grandes errores.

Reemplaza la idea del derecho por la del deber: "La discusión vaga y tempestuosa de los derechos, cederá lugar a la determinación serena y rigurosa de los deberes."

De tal suerte los ricos, moralmente depositarios de los capitales públicos, tendrán el deber de asegurar a todos, primero la educación, después el trabajo. Cada ciudadano es un "funcionario público", tanto los capitalistas como los obreros, y merecen la gratitud social. Como el servicio a la humanidad es gratuito el salario de los obreros no cubre sino la parte material que corresponde a su oficio. El Positivismo desea entonces organizar la educación ante todo: los deberes serán presentados bajo su aspecto social, las virtudes, temperancia, etc., serán presentadas como indispensables al cumplimiento de los deberes sociales. El hombre se acostumbrará a subordinarse a la humanidad hasta en sus actos más mínimos y en todos sus pensamientos. Ganado este punto la sociedad moderna se organizará espontáneamente con el régimen positivo.

El principio fundamental de la Moral positiva se resume en este lema: "Vivir para los demás". Es un postulado que se impone a los demás, dice Comte, sin necesidad de verificación. Su aplicación parte de lo individual, conforme a la fórmula que Clotilde de Vaux, la mujer con quien entretuvo el amor platónico que tanto influyó en su misticismo, le sugería: "Vale más, a pesar de todo, amar que ser amado; de todo se cansa uno, menos de amar." Esas proposiciones son también válidas para lo social, y de allí nació el gran culto de Comte por la Humanidad, en el que basa su religión positiva.

XV. LA IDEA DE LA HUMANIDAD: LA RELIGION POSITIVA

La realidad suprema a la cual todos se subordinan es la Humanidad; corresponde a la idea antigua de lo absoluto. En su primera etapa es para Comte un objeto de la ciencia; en la segunda, un objeto de adoración y de amor. En todo caso persigue la unidad social, fundada, conforme a la famosa sentencia que reproduce a menudo: "El amor como principio, el orden como base, el progreso como meta."

Esta unidad social tiene por atributos la solidaridad y la continuidad, que son a la vez morales y sociales. La continuidad, que corresponde a la dinámica, será superior a la solidaridad, que corresponde a la estática. La historia se convertirá en el "Ciencia Sagrada" de la humanidad; imposible para el hombre, sin dejar de serlo, renegar de la humanidad. En una palabra: "La humanidad se compone más de muertos que de vivos". Esta humanidad será el GRAN-SER. Todos aquellos que no fueron sino una carga para nuestra sociedad, no formarán parte del GRAN-SER. Se opera pues una selección entre los hombres, la muerte será para ellos un fin sin apelación. La admisión de los vivos será únicamente provisional, no siendo juzgada la conducta de cada uno de ellos hasta después de su muerte. Comte espera así dos resultados:

1. Distinguir al hombre del animal,
2. Satisfacer el ardiente deseo de inmortalidad de los hombres.

A la noción quimérica y grosera de inmortalidad objetiva sustituye la única aceptable de inmortalidad subjetiva. Es pues en la idea de la humanidad que convergen las ideas científicas, sociales y religiosas de Comte. Si esta convergencia es perfecta, su obra se consuma: la anarquía mental y moral, desde ese momento se curará, la anarquía política desaparece, la unidad será restablecida por todas partes.

Digamos ahora algunas palabras sobre la religión positiva que ha sido objeto de tantas críticas. Comprende antes que nada un culto ejercido por las mujeres exclusivamente, pues siendo más afectivas, representarán el mejor atributo de la humanidad. El objeto de adoración privado es la madre, la esposa y la hija encarnan la veneración, la devoción, la bondad.

La oración se compone de la conmemoración que evoca la imagen con una intensidad vecina al éxtasis; después, en la efusión, oración im-

provisada y recitada en alta voz. Comte fija las horas para la oración como las practicó para su Clotilde.

Hay ochenta y cuatro fiestas por año, de las cuales una es semanal, y siete sacramentos (nacimientos, educación, matrimonio, escogencia de una profesión, etc.). El séptimo es facultativo y ocurre después del fallecimiento para la incorporación al GRAN-SER, si el muerto lo merece, en cuyo caso se transfieren los despojos a un lugar santo que rodea los templos.

El gobierno estará en manos de los ricos o patricios. Las naciones serían divididas en pequeñas repúblicas del tamaño de Suiza. Francia, antes del fin del siglo, será dividida en diecisiete repúblicas y París sucederá a Roma como metrópoli religiosa. La autoridad pertenecerá a un triunvirato de banqueros nombrados por sus predecesores, que se ocupará del interior, de los asuntos extranjeros y de las finanzas. El poder espiritual estaría bajo la dirección de un Pontífice, el Gran Sacerdote de la humanidad.

Todo empleo del entendimiento deberá ser repudiado como frívolo y moralmente culpable si no persigue alguna utilidad para la humanidad. La educación y el ejercicio de la medicina se confían al clero. Por otra parte, Comte enumera una centena de libros que constituyen una biblioteca suficiente para todo positivista y propone realmente un holocausto de todos los demás libros. Es éste otro punto en el que imita a los antiguos cristianos. Llega hasta conjeturar un período de siete años al final del cual la educación pública en Francia deberá ser puesta en manos suyas. Cinco años más tarde el emperador declinará el mando en un triunvirato de proletarios, positivistas eminentes. Durante veintiun años éstos darán a la república su constitución final e instalarán el poder espiritual. Por último, Comte instituye un calendario positivista, dividido en trece meses de veintiocho días, comenzando el primero de enero de 1789, origen de la Era Moderna.

Las ideas religiosas de Comte tuvieron una prolongación material y espiritual en Santiago de Chile, donde Luis Lagarrigue (1864-1949), organizó la Fundación Juan Lagarrigue para el mantenimiento y desarrollo de la Religión Universal. Esa institución publica un *Boletín Sociocrático* y sus concepciones sobre Moral Práctica están condensadas en un libro titulado *Síntesis Subjetiva*, que es a su modo un tratado de educación universal proyectado por el "Supremo Maestro" Augusto Comte, en su discípulo, Luis Lagarrigue. Sigue para el efecto la terminología del calendario positivista y su lema es el de Comte: "El amor por principio

y el orden por base; el progreso por fin." Reproducimos a continuación las normas que animan la Religión de la Humanidad, conforme al credo positivista, como lo entendía Lagarrigue:

"SOCIOCRACIA: La Religión de la Humanidad, Religión Universal, reglamenta y coordina los sentimientos, los pensamientos y las acciones humanas en torno del Gran Ser social: Familia, Patria, Humanidad.

La Sociocracia es el Régimen de esa Religión, como la Sociología es su *Dogma* y la Sociolatría su *Culto*.

La Sociocracia organiza nuestra vida práctica de acción y de trabajo y la destina a servir al Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

La Sociocracia disciplina al individuo, subordinándolo a la Familia; disciplina a la Familia, subordinándola a la Patria y disciplina a la Patria, subordinándola a la Humanidad.

Si la Patria no se subordina a la Humanidad, desconoce sus deberes, invoca sus derechos y se dedica a explotar a otras Patrias en la Humanidad. Así se genera el nacionalismo y la guerra.

Si la Familia no se subordina a la Patria, desconoce sus deberes, invoca sus derechos y se dedica a explotar a otras familias en la Patria y en la Humanidad. Así se genera el capitalismo y la miseria.

Si el individuo no se subordina a la Familia, desconoce sus deberes, invoca sus derechos y se dedica a explotar a otros individuos en la Familia, en la Patria y en la Humanidad. Así se genera el individualismo y la maldad.

La Sociología coordina nuestra vida teórica de pensamiento y de estudio en torno del Dogma del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

La Sociolatría desarrolla nuestra vida afectiva de sentimiento y emoción en torno del Culto del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

Amar, conocer y servir al Gran Ser social es el destino de la vida humana."

Quinta parte

XVI. ESTIMATIVA GENERAL

En su apreciación de la obra de Comte, André Chesson declara que no sabe si ha habido jamás en la historia del pensamiento humano una obra más llena de mezclas: "Tanto de buen sentido y tanto de rarezas, tanto de juicio atinado y tanto de candidez, tanto de equilibrio y tanto

de misticismo, tanto de claridad en el pensamiento y tanto de torpeza en la expresión de ideas y en el estilo. Alma grande tan genial y tan sublime y con ello a veces tan estrecha y tan poco sensible al ridículo. Nada sería más sencillo que sacar de la obra de Comte materia para risa. Extraña verlo en su admiración por el catolicismo inventar para la Religión de la Humanidad una Trinidad, la del Gran Medio (espacio), del Gran Fetiche (tierra) y del Gran Ser (la humanidad); un gesto para sustituir la señal de la cruz, Angeles guardianes y hasta una Virgen Madre. ¿Lo es menos oírlo hablar de eregir a "los herbívoros a la dignidad de carnívoros" para mayor ventaja de los que los emplean? Y se queda uno estupefacto cuando prohíbe dogmáticamente algunas órdenes de investigaciones científicas que han dado, posteriormente especialmente en astronomía y en química, resultados maravillosos; cuando mezcla curiosamente su pasión mística por Clotilde de Vaux con su culto de la humanidad; sus cóleras contra los matemáticos y los miembros del Instituto con su apreciación final de la importancia relativa de las ciencias. Agreguémosle la ingenuidad de ciertas esperanzas, de algunas previsiones y de determinados juicios en materia política." (Véase *Auguste Comte, su vida, su obra, su filosofía*, en la Colección "Filósofos", Presec. Universitaires de France, París, 1947, páginas 71 y 72) Atribuye Chesson esa disparidad de pensamientos a los sufrimientos que tuvo Comte con motivo de su hogar, ya que su primera esposa Caroline Massin, de conducta frívola, terminó por dejarlo; por causa de sus ideas políticas, que no permitieron que fuera nombrado Profesor titular de la Escuela Politécnica, sino repasador de los alumnos; y también debido a crisis mentales que lo condujeron algunas veces a ataques de locura.

Stuart Mill, el famoso filósofo y economista inglés, quien en su aspecto filosófico era positivista y en el terreno de la economía política fue utilitarista, ha criticado vivamente a Comte por sus aberraciones religiosas. Dijo de él que era un hombre embriagado de Moral, sin dejar de atribuir "mucho de belleza y de grandeza a su vida, censura las que a consecuencia desprende de ella, así como los ritos de su religión (evidentemente extraídos del catolicismo)", que trata de burlescos. Atribuye sus especulaciones a un deseo desordenado de "unidad" y de "sistemización". Por ejemplo, Comte recomienda instituir en cada producción siete capítulos, aparte de la introducción y de la conclusión, componer cada uno de ellos de tres partes, las que a su vez dividen en siete secciones y siete grupos de frases, precedidos y seguidos de tres grupos de cinco. La sección inicial de cada parte reduce a tres frases tres de sus grupos.

sistemáticamente colocados, etc. A pesar de ello, Stuart Mill, espíritu noble y de elevado criterio, ayudó varias veces a Comte en dificultades financieras por medio de colectas que le fueron siempre de gran utilidad.

Comentando esos rasgos de la filosofía de Comte, Demetrio Nández en una monografía sobre este filósofo manifiesta que “en la exégesis de positivismo, la *unidad* y la *unión* apuntadas reclaman inmediatamente la *sistematización*, para constituir las cabezas del puente por donde la sociedad humana salvará el precipicio horrible del egoísmo, pesadilla de alma generosa de Comte, el Altruista. Su unión y su sistematización son dos conclusiones de sus estudios, las dos premisas de su sistema de organización, las dos obsesiones —podríamos decir— a las que sacrificó en sus últimos escritos magníficas concepciones generales que, si no hubieran descendido a tan extremados detalles unitarios y científicos, habrían ahorrado a nuestro filósofo las desviaciones, rebuscas artificiosas y futilidades de los escritos de los últimos tiempos”. (Véase en la colección “Breviarios del Pensamiento Filosófico”, la obra *Comte* selección de textos precedida de un estudio de René Hubert, traducida y anotada por Demetrio Nández, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1943, págs. 15 a 17).

Llegó más lejos F. S. Marvin, escritor inglés “inspirado en una simpatía penetrante por la gran figura dolorosa de Auguste Comte”, como expresa su traductor Salvador Echavarría, al señalar que si “hubiese existido una palabra que entrañara algo de la pasión y del deber hacia la humanidad considerada en conjunto que implicara el vocablo *patriota*, cuando se trata de la Madre Patria, habría habido menos guerras, menos armamentos y un vigor más unánime en la Sociedad de las Naciones. Se podría haber esperado que, así como tuvo la idea, hubiera suministrado Comte el vocabulario, introduciendo en la palabra *humanidad* una gran abundancia de nuevas y valiosas asociaciones. Pero las palabras *humanitario* y *humanitarismo*, acuñadas en ese molde, eran vagas y torpes. La propia palabra de Comte, para describir su sistema y el de sus discípulos ha alcanzado una amplia circulación con una connotación diferente. Introduce otra idea directriz que ha legado a la humanidad y que debemos considerar ahora como paralela a su concepción de la humanidad, y como fundamento de ésta. Su sistema era el “positivismo” y su método “positivo”... Las ideas constructoras que han aparecido en este capítulo pueden hallarse hasta cierto punto en otros muchos pensadores, desde los albores de la filosofía, con mayor frecuencia a medida que nos acercamos a nuestra época. Pero se hallan unidas con más amplitud en el pensamiento de Comte. La humanidad está allí como ideal indispensable para cual-

quier esquema compresivo del pensamiento, ya sea que empleemos o no ese término. La ciencia aparece como la fuerza directora, ensanchada ya o que habrá de ensancharse más aún en lo futuro, más allá de los ensueños de Comte, quién le dio ese lugar prominente. La síntesis, o sea la unidad a la vez de pensamiento y del sentimiento, asume con él un significado más sólido, pues, en tanto que la base debe ser el amor, la estructura se halla afianzada por lazos intelectuales y el progreso de la ciencia constituye a cada paso una prueba más convincente del triunfo de la síntesis. La Esperanza, o la Fe en el futuro adquiere también con él una forma más substancial que con el idealista puro, pues, robustecido por la ciencia, puede empezar a prever, cuál es el indicio de ciencia. "Humanidad, Ciencias, Síntesis, Fe en el futuro: tal es el coro final, con la nota dominante de la Humanidad." (Véase la monografía *Comte*, en la colección de los "Grandes sociólogos modernos", del Fondo de Cultura Económica, por F. S. Marvin, traducción de Salvador Echavarría, México, 1941, págs. 127, 128 y 139).

La vida agitada y azarosa de Comte, con sus genialidades de gran relieve intelectual, nos trae a la mente el recuerdo de otra figura descolante de mediados del siglo pasado, llena de contrariedades, de sufrimientos por el desacuerdo hogareño, que es la de Ricardo Wagner, quién llevó asimismo una existencia tormentosa y también conoció el éxito en el ocaso de su vida. Ambos tuvieron grandes admiradores —cada uno en el campo de sus producciones del intelecto— y conocieron adversarios encarnizados. La figura de Listz, con su mayor ponderación, pero que logró con más facilidad el triunfo, ayudando a Wagner, tiene su parangón en Stuart Mill, espíritu brillante que estuvo anuente, cuando pudo, tenderle generosamente la mano a Comte. Desde luego, no tratamos de comparar ideas ni conceptos, sino de mencionar a modo de recuerdo a dos genios rebeldes cuyas mentes llenas de grandes creaciones revolucionarias no pudieron amoldar, durante sus años de lucha, sus caracteres difíciles de comprender y de asimilar, al ambiente sobre el cual ellos descollaban como figuras de excelsa magnitud.

La obra de Comte ha inspirado, además de las producciones de sus discípulos, como Littré, Robinet y muchos otros, estudios de numerosos seguidores, contándose entre ellos Stuart Mill, Herbert Spencer, Durkheim, Levy Bruhl y otros muchos, quienes, aun cuando no aceptan todas sus ideas y rechazan determinadas partes de su obra, especialmente la que se refiere a conclusiones de carácter religioso, se inspiraron en su modo de pensar, en el método y la síntesis comtiana. Dejando a un lado en la

obra del filósofo francés lo que hay de puramente místico, que no es el objeto de este estudio, podemos entresacar ciertos resultados que él enuncia como esenciales, dentro de su sistema filosófico, que se llegan a resumir así:

1. Desde el punto de vista intelectual, una perfecta coherencia mental, como todavía no había podido existir en grado parecido.

2. Desde el punto de vista moral, el acuerdo de los espíritus sobre los problemas especulativos, y en particular sobre las relaciones entre el hombre y la humanidad, lo que permitirá una educación común y determinará en todos ardientes convicciones morales.

3. Desde el punto de vista político, los dos poderes, espiritual y temporal, organizados durablemente, asegurarán a la vez el orden y el progreso.

4. Desde el punto de vista estético, un arte nuevo aparecerá, íntimamente vinculado con las convicciones y la vida de todos, que será accesible para todos, como lo fue el arte de la Edad Media: la concepción Positiva del mundo llegará a ser una fuente de belleza poética.

Al principio se siente uno tentado de atribuir a Comte ciertas tendencias negativas: la filosofía positiva parece negar la posibilidad de la psicología introspectiva como método práctico, de la moral bajo su forma tradicional, y por último, de la lógica. En otros términos, deja excluidas, además de la metafísica, todas las partes que componían el tradicional curso de filosofía. En realidad, Comte admite una filosofía que considera desde entonces constituida, pero sobre bases distintas, aun cuando para muchas escuelas la psicología sea el camino que necesariamente conduce a la metafísica.

En cuanto a la sociología, vemos que va saliendo de las discusiones sobre el método y sobre los alcances de ciertas hipótesis y leyes que se consideraba indispensable debatir a principios de este siglo: cobra ahora cada vez más, la fisonomía de una ciencia positiva: "La historia de las religiones, la ciencia comparada del derecho y las instituciones, —dice Simón Deploige— la economía social, la demografía, la etnografía, la estadística, o, si se prefiere, la sociología en sus diversas divisiones, trabajan para enriquecer la filosofía moral y social con datos nuevos y enseñanzas útiles. Dejan al pie de la obra los materiales que permitirán

refaccionar el edificio y proseguir la construcción." (En *El conflicto de la moral y de la sociología*, traducción de Manuel D. Fornell y Antonio Vásquez Vialar, Ediciones Capitel, Buenos Aires, 1948, pág. 297.)

En resumen, lo que Comte ha perseguido es dotar las ciencias fundamentales de un método positivo y conducir las a no querer probar más que sus leyes, sin investigar las causas últimas. Las ciencias aplicadas (pedagogía, política) podrán tomar ejemplo en ellas: esto será tal vez la obra de siglos. En general, no tenemos más que la idea vaga de una política que pudiera fundarse en la ciencia, de la que Comte ha anticipado sus resultados, pero que no pueden ser inmediatos.

Los errores de Comte se explican por la prisa que tuvo de lograr la reorganización social: con la mira en ella fue que constituyó, precisamente, su filosofía. A los ojos de Comte, él deja realizada la parte ardua de la labor, en cuanto a la sociología; no obstante los sociólogos piensan hoy día que todo está por hacerse. Aquí podría compararse a Comte, sociólogo, con Descartes, físico: sus hipótesis han sufrido la suerte de todos los trabajos científicos, de los que Comte ha expuesto tan correctamente los progresos inevitables y constantes.

La otra parte de su producción de carácter más general, o sea la obra de Comte el filósofo, posee una virtud más perdurable: en ese sentido, la filosofía especulativa de Comte, abstracción hecha de sus construcciones político-religiosas que son de otro orden, conservan su vigencia y sus principios se imponen aún en quienes los combaten.

En nuestro Continente, las repercusiones del pensamiento positivista, como lo indica Demetrio Nãñez, han sido bastante variadas y en oportunidades, como la adopción del lema comtiano por la recién fundada patria brasileña, han logrado carta de ciudadanía permanente: "Cuando todos los seres humanos se imbuyan de que el bienestar social es obra de la colaboración de todos, de que la mejor actitud y aptitud de un hombre es ser útil a otro y de que el mejor deseo posible de todos es que sus semejantes sean felices, la Humanidad habrá entrado en la era positivista, que es, en el campo humano, la era de la benevolencia o buena voluntad.

Comte se adelantó así a estos tiempos en que ilustres dirigentes de América piden a sus limítrofes buena vecindad y a todos buena voluntad. Quizá es que, inconscientemente, están incluidos en el régimen positivo, pues acaso en América, más que en sitio alguno, ha conseguido el positivismo sus mejores expresiones.

Estas no se han limitado ya a institutos teóricos o experimentales en un determinado país; en algunos, como Brasil, inspiró buena parte

de sus instituciones políticas y sociales, y llegó a grabar su lema "orden y progreso" sobre el color verde, también preconizado por Comte, que brilla en la bandera de esa gran república suramericana. Otras muchas realizaciones menos declaradas del positivismo regulan hoy la sociabilidad del mundo civilizado: las ligas, uniones o asociaciones de naciones, la desmembración de los imperios y dominio absoluto de las tierras por sus pobladores autóctonos, la descalificación total de la violencia y la guerra como medios de poder, etc. La sociología sigue todavía la orientación de su fundador, y la vida social interna de los países que no han sido desquiciados por conmociones antipopulares, es cada día también más comtiana, o sea, más positiva.

Hasta los retractores de Comte se manifiestan, en gran parte, como positivistas, aunque teóricamente se crean muy lejos de ello; es que el positivismo ha dejado de ser aquel modo del pensar que combatieron Guizot, los teólogos y los metafísicos de hace un siglo, para convertirse en un modo de vivir, en una forma casi sprangeriana de vida que le viene a la medida al hombre del siglo xx.

Es que el hombre de nuestros días se ha conquistado a sí mismo para sí, por lo que le viene muy bien que Comte le diga que el ser humano no depende de ningún absoluto —'todo es relativo: he aquí el único principio absoluto'—, pues si la única realidad eterna es la Humanidad, tampoco ésta es un término último, *per se*, sino *pour nous*, para todos y cada uno de nosotros, ... halagadora teoría que implica la máxima rehabilitación del hombre."

XVII. INFLUENCIA DEL PENSAMIENTO POSITIVISTA EN LA EVOLUCION DE LAS CIENCIAS PENALES

Lo que procede de este trabajo fue escrito en 1919, cuando éramos estudiantes de filosofía y contábamos con dieciocho años de edad. Excepción hecha de las citas de autores que se han intercalado al traducirlo del original francés nuestro, constituye éste el texto de una conferencia dictada en la clase del viejo Liceo de Niza, que se estaba renovando poco a poco, recién pasado el calvario de la Primera Guerra Mundial; estas disertaciones las hacíamos bajo la dirección del profesor de la materia, M. Louis Farigoule. Indudablemente, los alumnos se contaban, en voz baja, que el catedrático era un escritor que estaba empezando a cobrar fama, dirigía una nueva escuela filosófica conocida bajo el nombre de "unanimismo" y que ponía de relieve, como núcleo anímico de la so-

ciudad y del mundo, al Grupo. Pero, ninguno de nosotros suponía que el pseudónimo de Jules Romain, usado por ese joven hombre de letras, de barba cuidadosamente recortada y figura un tanto melancólica, iba a ser, posteriormente, el de una de las celebridades de las letras contemporáneas francesas. Su mirada inquieta y su voz bien timbrada, expresión de un pensamiento diáfano, imprimía a sus lecciones un singular interés. Tal vez por eso tomamos apego a su criterio sobre la filosofía comtiana, a la que profesaba gran admiración, y escogimos ese tema para aquella charla que tanto tiempo después hemos querido publicar a modo de recuerdo de aquellos años de adolescencia pasados en la maravillosa costa de la Riviera, en esa Costa Azul donde a menudo se dan cita el arte y la ciencia, frente al espectáculo estupendo del Mediterráneo inolvidable. De toda suerte, sin necesidad de ese marco portentoso, la filosofía comtiana sigue siendo uno de los movimientos del pensamiento humano, del siglo pasado, que ha producido más hondas repercusiones en las grandes crisis filosóficas actuales.

Desde luego, hay que reconocer que, como todas las grandes producciones del intelecto, la mayor parte de las ideas del positivismo han quedado ampliamente superadas y transformadas. Como lo fueron las de Aristóteles, Platón o Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, pero siempre permanecen vivas como modelos de especulaciones superiores, para la humanidad. Lo cierto es que una construcción de la magnitud del positivismo, que engloba el dominio de todas las ciencias, tenía que dejar un rastro significativo para muchas de las mismas, a pesar de que las cogitaciones de Comte no llegaban hasta pormenorizar, por lo general, las cuestiones propias de las disciplinas derivadas de su sociología, sino los puntos más universales de esas ciencias accesorias. Así debe reconocerse que no profundizó, en sus varias obras, ningún problema especial del derecho: sus concepciones jurídico-penales, v. gr., son bastante deficientes. Sin embargo, es innegable la influencia que tuvo para la investigación científica en toda la cultura humana occidental, la sistematización que él preconiza en cuestiones metodológicas y en ciertos aspectos que contribuyeron al mayor progreso de numerosas ciencias íntimamente vinculadas con la sociología.

Por ese motivo, haremos un breve comentario, en modo alguno exhaustivo, con relación a algunas disciplinas emparentadas con la enciclopedia de las ciencias sociales, para señalar ciertos puntos relevantes en los que se aprecia, de un modo o de otro, la influencia del pensamiento positivo sobre sus métodos y transformaciones.

En primer lugar, refiriéndonos al método empleado por los investigadores cuando estudian cualquier instituto científico, podemos observar cómo se ha venido a fijar una doble modalidad de trabajo perquisitorio, que responde, precisamente, a los dos puntos de vista conforme a los cuales se pueden bifurcar, técnicamente, las labores de indagación. Por un lado, aparece el *método histórico*, que consiste en el análisis cronológico del proceso de desarrollo de la materia en estudio, desde sus inicios; nacimiento de la idea, de la institución, y sucesivos aportes que la averiguación científica y la evolución traen consigo; luego, su posición en las diferentes y esenciales etapas de la historia; y, finalmente, una consideración sobre su estado en la época actual. La presentación de esas transformaciones sucesivas nos permitirá conocer bajo su aspecto activo, histórico, el proceso de integración de las ideas e institutos que se investigan.

En cambio el *método dogmático* es el que toma la idea o institución en estudio en su situación presente para desmenuzarla, analizarla estáticamente, a fin de conocer su contenido material o espiritual, según el caso, y determinar su verdadera estructura. Para la actividad dogmática no interesa ya saber cómo llegó a ser lo que es. Es de mucho mayor importancia conocer, hasta donde sea posible, los elementos reales que contribuyeron a formar la idea o el instituto: desde luego, al referirnos a componentes o elementos reales, no podemos hablar de la esencia ni de últimas causas, sino de lo que la ciencia, en la hora actual, nos permite conocer. El progreso consistirá en llevar, cada vez más adelante, el proceso de conocimiento positivo de los orígenes, de las fuerzas, de las materias, etc., a fin de ir aumentando el caudal de conocimientos científicos.

Pero a lo que vamos es a mostrar cómo, hoy día, cada vez que estudiamos un tema científico, artístico o de cualquier clase, recurrimos en primer lugar a la exposición histórica de la materia y luego acudimos al estudio analítico, dogmático de la misma. Desde luego, estos métodos tienen sus derivaciones, como por ejemplo la propedéutica, que es como una introducción a la vez histórica y dogmática que resume los principales puntos que se van a tratar y preparar para su investigación; la problemática, que plantea en forma científica y ordenada las cuestiones esenciales que van a ser objeto de estudio; y la sistemática, que ordena tales problemas a fin de que ese estudio se produzca metódicamente, en virtud de un desarrollo progresivo, que remate con las conclusiones a que nos lleva el cúmulo de observaciones, experiencias y conclusiones reunidas.

Dentro de ese orden de ideas, encontramos en la clasificación de las ciencias y la exposición del *Curso*, un brillante ensayo de sistemática y de problemática, asentado en la exposición propedéutica de la ley de los estados. La síntesis realizada con la fundación de la sociología es el resultado de un vigoroso esfuerzo del pensamiento filosófico de Comte, que, para aquella época, resulta extraordinario, a pesar, como lo hemos ya repetido, de sus errores y extravagancias. Notamos, de tal suerte, cómo erró al relegar la psicología a un plano secundario, pero, dentro de la lógica de su sistema, resultaba acertada esa posición. El rechazo que hizo del método introspectivo, como único medio de investigación psicológica, le condujo a buscar otros medios de trabajo, que han venido apareciendo poco a poco y han llevado esa disciplina a explorar campos todavía en aquella época desconocidos.

Como dice Emile Borel "desde Auguste Comte, la filosofía de las ciencias y sobre todo la Metodología, han inspirado tantos trabajos y tomado tal auge, que, en los diversos órdenes de la enseñanza, los programas han tenido que tornarse más flexibles para dar campo, con motivo de cada nueva reforma, a un sitio más amplio para esos trabajos." Esa filosofía de las ciencias o, según el término de extracción inglesa, epistemología, es la que ha permitido una especie de introspección de cada ciencia, descubriendo sus equivocaciones y recalificando las hipótesis que le sirven de fundamento.

Así, como dice Théodore Ribot, famoso psicólogo de principios de este siglo, el método psicológico de observación interna tuvo que sufrir grandes críticas, de muchos autores "de los que el más conocido es Auguste Comte" (véase el artículo *Psicología* en la mencionada colección "De la Méthode dans les Sciences", tomo 1, págs. 280 a 283). De allí que se fuera haciendo a un lado, como sistema único de investigación psicológica, la introspección, que por su carácter subjetivo estaba sujeta a grandes variaciones en su estimativa: "Si se pretendiera atenerse rigurosamente a la introspección —dice Ribot—, la psicología dejaría de ser una ciencia para transformarse simplemente en la historia interna de un individuo." Concluye ese autor declarando que tales críticas "muestran, claramente, la necesidad de procedimientos objetivos: el método es un instrumento de la ciencia y la ciencia apunta hacia la objetividad. La introspección analiza y fija los elementos. Sin ella nada empieza: con ella sola nada se remata. Aun cuando la psicología en su época de infancia parecía confinarse en el estudio del yo e ignorar otros procedimientos, el observador, por la fuerza de las cosas salía de sí mismo para compararse con sus semejantes y buscar un sostén en ellos."

Tales críticas permitieron la aplicación y el desarrollo de métodos de medición (tests) y de prácticas de psicología profunda (psicoanálisis), con los que se dio vida propia a dos aspectos de gran interés de la psicología práctica, hoy día muy alejada de la antigua metafísica del conocimiento y de la razón pura, que discutía acerca de la esencia del alma y la calidad intrínseca del razonamiento. Al respecto observa Ribot que la psicología individual ha tratado de llegar a resultados positivos sin perseguir exclusivamente la enunciación de leyes o fórmulas regulares sobre los fenómenos psíquicos, sino determinados tipos, o sea especies y variedades, para lo cual el método de los tests y las encuestas han prestado servicios muy valiosos. Y esos tipos, una vez que se han podido ir conociendo han dado lugar, a su vez, a la formación de una ciencia combinada con la somatología o morfología, que es la biotipología humana.

Pasando a la sociología, vemos que este vocablo, a pesar de su origen híbrido (proviene de una palabra latina y otra griega, acopladas), según observa Durkheim, ha llegado a conquistar derecho de ciudadanía y se ha consagrado para designar la "ciencia de las sociedades". (Véase *Sociología y Ciencias Sociales*, en la colección antes citada "De la Méthode dans les Sciences".) "Sin duda alguna —agrega Durkheim—, si la palabra era nueva, es que la cosa misma era también nueva; un neologismo era necesario. Es cierto que, en un sentido muy lato, puede decirse que la especulación sobre las cosas políticas y sociales empezó antes del siglo XIX: la *República* de Platón, la *Política* de Aristóteles, los innumerables tratados a los que esas dos obras han servido de modelo, los de Campanella, de Hobbes, de Rousseau y tantos otros abordaban ya esas diversas cuestiones, pero esos diferentes estudios se distinguían por un rasgo esencial de los que designa el vocablo sociología. Tienen, en efecto, por objeto, no el de describir las sociedades *tales como son*, o *tales como han sido*, sino de buscar lo que las sociedades *deben ser*, *cómo deben organizarse* para ser lo más perfectas posibles. Otra meta muy diferente es la del sociólogo que estudia las sociedades simplemente para *conocerlas* y *comprenderlas*, como el físico, el químico, el biólogo hacen con los fenómenos físicos, químicos y biológicos. Su tarea es, únicamente, la de determinar los hechos cuyo estudio emprende, descubrir las leyes según las cuales se producen, dejando a otros el cuidado de encontrar, si se puede, las aplicaciones posibles de las proposiciones que establece."

Esa nueva ciencia condujo a Comte a enfocar, según lo expusimos, los problemas morales desde un ángulo diferente, pero no pudo desen-

trañar, debido a sus preocupaciones de carácter religioso, la verdadera conclusión de sus doctrinas en ese campo. No fue sino más adelante que Lévy-Bruhl, al escribir su famoso libro *La moral y la ciencia de las costumbres* ("La morale et la science des moeurs"), planteó la diferencia real entre la moral teórica, que linda con la metafísica de las costumbres —profundamente tratada por Kant—, y la moral práctica, que califica de ciencia de las costumbres. Esas ideas, influenciadas más adelante por los juicios de valor de Lotze, como los llama Lévy-Bruhl (véase el artículo *Morale* en la serie "De la Méthode dans les Sciences", del mismo Lévy-Bruhl), ha sido objeto de muchas investigaciones, como lo indica Georges Gurvitch: "En su obra, que se ha vuelto clásica, sobre *La Moral y la Ciencia de las Costumbres*, 1902, M. Lucien Lévy-Bruhl ha puesto vigorosamente de relieve los postulados errados de las 'metamoraes' tradicionales: querían conocer y prescribir, al mismo tiempo; así, presuponiendo una naturaleza humana idéntica y que forma un todo armonioso, confunden los juicios de realidad y los juicios de valor, función teórica y función normativa. De allí el círculo vicioso y la vanidad práctica de las metamoraes. De allí la eliminación de la moral teórica en provecho de la ciencia de las costumbres o sociología de la moral." (Véase *Moral teórica y Ciencia de las Costumbres*, por George Gurvitch, en la *Nueva Enciclopedia filosófica*, Librería Félix Alcan, París, 1937, p. 1). En ese mismo sentido se pronuncia también un notable escritor de este Continente, Eugenio María de Hostos, recordado hombre de letras portorriqueño, en su conocida *Moral Social*, que es una de sus obras de mayor renombre; expresaba, también en los albores de este siglo, que "como la moral estudia aquel orden fundamentado en leyes invariables que, aunque integrasen el orden universal de la Naturaleza, afecta de una manera más directa a nuestra actividad psíquica, y como las ciencias sociales estudian el orden natural de las sociedades, el objeto de la moral social no es otro que la aplicación de las leyes morales a la producción y conservación del bien social. En otros términos: el objeto de la moral social es aplicar al bien de las sociedades todas aquellas leyes naturales que han 'producido el orden moral'... Ciencia como es, la moral no se funda más que en realidades naturales, y no se nos impone, ni gobierna la conciencia, sino en cuanto sus preceptos se funden en relaciones naturales." (Véase *Moral Social*, Editorial Tor, Buenos Aires, págs. 25 y 26.)

Esa revolución en la ética tradicional ha provocado su transformación a la luz de nuevas proposiciones y de los principios renovadores de la axiología, emanados de la actual filosofía de la cultura. Así, por

ejemplo, tenemos a Francisco Larroyo, pensador mexicano, quien hace una reseña de los problemas capitales de la filosofía, advirtiendo que ésta “no pretende *crear* la ciencia, ni la moralidad, ni el arte, etc. Les toma como algo *hecho* y se limita a describirlos y explicarlos; trata de determinar las *formas universales* de la conciencia por medio de las cuales se han producido, o, en otras palabras, los *valores* que cada uno atribuirá sus filosofías en el terreno del arte, la filosofía nos orienta acerca de lo que sea el arte en general y la belleza en general; en el terreno de la ciencia, lo que sea el conocimiento en general y la verdad en general, etc.”. (Véase *Los principios de la Ética Social*, Editorial Porrúa, S. A., México, 1946, pág. 37.) Larroyo concibe la lógica como una teoría de la ciencia en general, por lo que la considera como la primera y fundamental de las ciencias filosóficas, siguiéndole la ética, luego la estética; algunos, dice, les agregan la religión, que tiene, como las demás direcciones capitales de la cultura, su filosofía. Esos tres temas principales de la filosofía, “definida como una reflexión sistemática sobre la cultura, parecen agotarse en una última ciencia que cada día se cultiva con más entusiasmo en los círculos profesionales: la filosofía de la Historia”. En ese cuadro, la filosofía del derecho y la filosofía de la educación, por ejemplo, vienen a ser teorías de valores *derivados*, no capitales, de la filosofía. Eduardo García Máynez, otro pensador mexicano, hablando del objeto de la ética, declara que “en cuanto disciplina filosófica, se propone definir y explicar, . . . la moralidad positiva, o sea el conjunto de reglas de comportamiento y formas de vida a través de las cuales tiende el hombre a realizar uno de los valores fundamentales de la existencia”. (Véase la obra *Ética* en la “Colección de Manuales Escolares”, publicado por la Universidad Nacional de México, México, D. F., 1934, pág. 14.)

Para esta nueva pléyade de pensadores, ha perdido interés la ciencia apriorística de la conducta, una ética metafísica o “metamoral”, fundada en la discusión de valores absolutos: persiguen la enunciación de normas prácticas, sacadas de la experiencia social, reglas de convivencia emanadas del estudio de la cultura y de sus manifestaciones (véase la monografía de Ralph Linton sobre *Cultura y personalidad*, Fondo de Cultura Económica, traducción de Javier Romero, México, D. F., 1945). Como dice Ralph Linton “la cultura como un todo, suministra a los miembros de una sociedad la guía indispensable para todos los momentos de la vida. Sin ella, ni los miembros ni la sociedad misma podrían funcionar de una manera eficaz. El hecho de que los individuos reaccionen a una situación dada en una misma forma, capacita a cualquiera para

predecir su conducta con un alto grado de probabilidad, si bien nunca con absoluta certeza. Esta capacidad de predicción es un prerrequisito para todo tipo de vida social organizada, pues si el individuo va a dedicarse a hacer cosas para los demás tiene que estar seguro de que obtendrá algo en cambio. La existencia de los *patronos o pautas culturales*, le proporcionan esa seguridad, ya que tienen como fundamento la aprobación social y representan el poder que tiene la sociedad de presionar a los que no se amolden a ellos." (Op. cit., págs. 39 y 40.)

A principios del presente siglo, Max Ernst Mayer, filósofo y penalista alemán, ya había profundizado la filosofía de los valores, que a fines de la anterior centuria estaba cobrando especial vigor. Entre sus observaciones está la muy importante de que la sociedad exige de sus miembros una conducta adecuada a los intereses comunes, por lo que ejerce una especie de crítica al "distinguir y jerarquizar la conducta social y la antisocial. Conducta social es la coincidente con la cultura de la sociedad en cuestión, pues toda sociedad cultiva y protege su propio interés, prescindiendo del juicio que pueda merecer ante el tribunal una cultura superior". Así en una sociedad de ladrones, expresa Mayer, es un deber aportar el botín al acervo común, lo cual constituye una norma de cultura en una banda de ladrones: "La forma en que la cultura o la sociedad (como creadora de Cultura) plantean sus exigencias dentro de la comunidad, es la norma de cultura", y agrega que "toda sociedad, organizada o no, se sirve de la norma para proteger sus intereses. Por eso las normas que sirven para ese fin deben ser llamadas *normas de cultura*, atendiendo a su alcance, y reglas sociales, si se quiere aludir a su contenido;... la denominación acertada es norma de cultura, conveniente por igual para los mandatos y prohibiciones, mediante los que una sociedad exige la conducta adecuada a sus intereses —a los hombres que forman parte de la misma, podría continuarse, si el laconismo de la definición suscitase dudas—". (Véase "Filosofía del Derecho", traducida por Luis Legaz Lacambra, Editorial Labor, S. A., publicada en alemán en 1923, con una 2a. edición en 1926; traducida en 1937, Barcelona, págs. 90 y 91.) El Estado formula una discriminación sobre las normas culturales, reconociendo unas y rechazando otras; las que acepta las incluye en las leyes y queda entonces separada la conducta jurídica de la contraria al derecho, ejerce pues una crítica de acuerdo con el criterio de la cultura nacional. Luis Jiménez de Asúa, al referirse a la ley y la norma, asegura que la teoría de las normas ha triunfado, partiendo de las ideas del filósofo germano: en resumen, dice, "el orden jurídico es un orden de cultura y como infracción a las nor-

mas de cultura concibe lo antijurídico. La sociedad es una comunidad de intereses que tutela el conjunto de ellos en el *concepto unitario* de cultura. Normas de cultura son órdenes y prohibiciones por las que una sociedad exige el comportamiento que corresponde a su interés. Es antijurídica, concluye el genial maestro, aquella conducta que contradice las normas de cultura reconocidas por el Estado." (Véase el "Tratado de Derecho Penal", Editorial Losada, Buenos Aires, 1951, tomo II, pág. 270.)

De todo lo expuesto podemos sacar en conclusión que desde que Comte fundó la sociología, tanto la psicología como la ética, ciencias que arrancaron de las especulaciones filosóficas del pensador francés su contenido positivo, han tenido un sentido diferente y un progreso extraordinario. Como antes dijimos, la filosofía de la cultura y la axiología se cruzaron con las ideas de los sucesores de Comte, y de ellas nacieron otras corrientes que actualmente enfocan los principios de la ética de un modo más cercano de la realidad. El reconocimiento de las normas sociales, de esas pautas culturales, que forman el presupuesto de la conducta humana en la sociedad, ha cambiado también el concepto clásico del Derecho Penal y ha ayudado a convertirlo en una ciencia normativa, cultural, que se acerca más al hombre. Ya el delito no es un simple "ente jurídico", en cuya descripción sólo encontrábamos el análisis formal, abstracto. Ahora es un fenómeno biológico-social, porque parte del hombre y se consume en la sociedad. La escuela antropológica, fuente de la escuela positivista penal, provocó una verdadera revolución en las ciencias penales cuando puso de relieve esas circunstancias, mientras a la par de ella, la escuela de política criminal, venía a rematar en distinta forma sus audaces proposiciones. No se puede encontrar una vinculación absoluta entre la obra de Comte y la de la escuela positivista penal, porque, según se ha venido observando, el filósofo francés no hizo especulaciones profundas en el campo jurídico, pero sí pudo sentar postulados que luego fueron aprovechados en el campo del Derecho Penal, tanto en la metódica como en la problemática.

Se podría objetar que el aporte del positivismo en el empuje de la filosofía de los valores no es el que se pretende darle. El eminente filósofo argentino Francisco Romero, en la reseña biográfica y comentario sobre la obra de un gran precursor de la moderna filosofía platense, Alejandro Korn, al explicar la formación del pensamiento de éste nos señala cómo el idealismo alemán, impulso que nace en Kant, tiene su mayor auge con Hegel y forma seguidores como Fichte y Schelling,

fué atacado de "delirio de grandezas", por lo que dejaba de lado problemas aparentemente menudos y trataba de substituirse a todo conocimiento. "La reacción —declara Romero—, immoderada como todas las reacciones, no se hizo esperar; ocurrió casi al día siguiente de la muerte de Hegel. La ciencia volvió por sus fueros, y quiso a su vez ocupar sin rivales todo el campo del saber. La irrupción en dos formas ocurre muy distinta, aunque suelen confundirse con frecuencia. Mediante el positivismo, especie de vuelta a Hume con la consigna de rechazo de toda metafísica — y mediante el cientificismo, doctrina más popular, que desarrollaba una metafísica prolongando más o menos arbitrariamente las tesis fundamentales de la ciencia de la época." (Véase "Alejandro Korn. Obras", volumen primero, Universidad Nacional de la Plata, Buenos Aires, 1938, pág. xv.) Explica Romero como en Europa el ataque al positivismo y al cientificismo se produce partiendo de diferentes puntos que coinciden en un mismo propósito: pero los que tal hacen se apoyan en una "historiografía filosófica", haciendo uso, a pesar de ello del método filosófico de la historia, que tan brillantemente puso de relieve Comte. Y de ese examen de la historia, nació la idea de estudiar más profundamente la cultura, lo cual trajo a cuentas el problema de los valores. Korn mismo advierte en el ciclo positivista tres etapas: una, naturalista, fundada exclusivamente en la exploración del mundo objetivo. Otra, de psicología experimental que "tiende a ejercer un predominio absorbente y nos promete la clave de lo subjetivo. Por fin, ya en los años finiseculares, sobreviene el proceso de la descomposición crítica y escéptica del dogmatismo positivista". Ese ciclo es muy lógico, porque los sistemas filosóficos rara vez perduran a través de la historia: su principal mérito, una vez que sus ideas han sido superadas y se han criticado lo suficiente para extraer tan solo lo que se admite como cierto, es poder, en su decadencia, provocar disidencias que son la fuente de nuevos sistemas. Así, comparando, el positivismo penal (sin que admitamos semejanza de criterios filosóficos entre la doctrina comtiana y la de los antropólogos) también fue combatido y provocó numerosas disidencias, dejando a pesar de su transformación, una huella indeleble en la historia de la ciencia criminal.

En el propio pensamiento de Mayer, tan alejado de la filosofía positiva, encontramos expresiones que recuerdan los principios de unidad, de orden y de altruismo de Comte. Si no, leamos estas frases del pensador alemán: "A pesar de todas las lamentaciones sobre el aumento de la criminalidad, la decadencia moral, la corrupción de las costumbres, etc., la conducta social es siempre la regla, y su contraria, la excepción.

¿Cómo podría ser de otro modo, si el hombre es un ser social? Resulta así que las garantías de la conducta social constan de las aportaciones tanto del individuo como de la sociedad; las garantías sociales se componen de impulsos sociales y de *ordenamientos sociales*. Los primeros son el *egoísmo* y el *altruísmo*; los segundos, la religión, la moral, las costumbres (reglas convencionales) y el Derecho." (*Op. cit.*, pág. 96.) Mucho de las ideas de Comte sobre la humanidad, las encontramos, transformadas, claro está, en la moderna corriente de política criminal llamada de defensa social, que propugna la defensa de la dignidad humana y cobra a la sociedad su participación en la responsabilidad del crimen, como instituto social.

En el tiempo en que Comte lanzaba sus ideas positivistas florecía el clasicismo penal, con Francisco Carrara, el ilustre profesor de Pisa. De él es la teoría tan conocida del delito como "ente jurídico", figura legal abstracta. No fue sino como unas tres décadas después que Lombroso, médico de Mantova, lanzó su famosa doctrina antropológica, cuyo aspecto más sobresaliente fue la teoría del criminal nato. Lombroso, Garófalo —creador de la criminología— y Ferri, a quien se debe la Sociología Criminal, formaron una trilogía que revolucionó el Derecho Penal: uno médico, el otro magistrado y el último jurista, quien bautizó la nueva escuela con el nombre de "positivismo penal". A ellos siguieron grandes figuras como Florian, Nicéforo y Filippo Grispigni, quien hace poco desapareció después de haber sido uno de los últimos baluartes del positivismo italiano.

En su estudio sobre los "Fundamentos filosóficos del problema criminal según Auguste Comte", el jurista chileno Fernando Pinto Lagarrigue, asegura que "existe una marcada tendencia en considerar que el Positivismo creado por Auguste Comte, se relaciona con la Escuela Positiva del Derecho Penal encabezada por Lombroso. Hay quienes piensan que ambos sustentan unos mismos principios. Error profundo. La filosofía positiva nada tiene que ver con la corriente antropológica que estudie el delincuente enfermo, ni con las tendencias que reservan el predominio, al orden material." La única semejanza que encuentra es que "los fenómenos sociales, objetivamente se subordinan a los fenómenos vitales o biológicos, ya que la sociedad está compuesta por seres vivos capaces de ejecutar actos en servicio o perjuicio de los demás. Indiscutiblemente que desde este sólo punto de vista, la Escuela Positiva de Derecho Penal encuentra una perfecta explicación, si se considera que ella juzga al delincuente como individuo determinado por su textura orgánica, por sus secreciones hormonales y por todos aquellos

trastornos psicofisiológicos que influyen en su modo más o menos consciente de actuar." (Véase en el "Boletín de Identificación y Policía Técnica", el artículo que citamos, en la entrega de marzo-abril 1945, Nos: 87-88, Año x, Lima, Perú, pág. 35, reproduciendo un trabajo publicado en la "Revista de Criminología y Policía Científica" de Santiago de Chile.) Sin embargo existen algunos otros aspectos que Comte enuncia y que podrían considerarse como vigentes: uno de ellos es la necesidad de prevenir el delito mediante influencias vitales (humanas), sociales y morales que afectan la conducta humana; otra, la importancia que atribuye a la educación en ese terreno preventivo; luego, encontramos sus recomendaciones sobre salud e higiene corporal y mental. En lo que se separa del todo del dogma jurídico-positivista es en la parte represiva, que está totalmente influida por sus ideas políticas, de suerte que, no siendo jurista, su pensamiento en ese campo se divorcia completamente de las corrientes que iban a constituir la esencia del positivismo penal.

Sin embargo, creemos que no se debe buscar tanto la semejanza como la influencia de una doctrina sobre el pensamiento de una época de la historia del intelecto humano, para descubrir su predominio en el campo de las ideas, a la par de otras teorías que fueron de poco valimiento. Tenemos por ejemplo esa disciplina que Garófalo bautizó con otro nombre híbrido, la "criminología" (del latín "crimen, criminis", que significa crimen, delito; y del griego "logos", tratado, discurso). Esta ciencia, cuyas características son el método de observación y experiencia, hace uso amplio del estudio histórico y es también híbrida en su naturaleza, porque se nos presenta como una disciplina que arranca de la biología, desde el momento en que se propone el estudio del delincuente, y echa mano, por lo tanto, a los recursos que le proporcionan esa ciencia y sus derivadas, como la psicología en sus diversas técnicas, la endocrinología, la biotipología, etc.; y forma parte, también de la sociología, porque el crimen es un fenómeno social, se produce en la comunidad y si bien lesiona valores individuales también ataca las pautas culturales de la colectividad, infringe las normas jurídicas y, por ende, las normas sociales admitidas. Por tal razón es frecuente ver a muchos sociólogos (Sutherland, Cantor, etc.) transitar por la senda de la criminología; y asimismo admiramos a biólogos distinguidos (Penda, Viola, Krestchmer, Di Tullio), adentrarse en las discusiones criminológicas y escribir tratados sobre esa disciplina.

El principio de la unidad humana se conserva pues en esa concepción biológico-sociológica de la criminología (Exner), unidad que ya Comte señalaba y que fue uno de los dogmas que proclamó como esenciales.

El lenguaje.—Como norma primordial, debe afirmarse que, el lenguaje, ha de ser apropiado a la condición del auditorio. El orador que, no toma en cuenta a los que escuchan y olvida o desdeña el hacerse comprender, no obtendrá la atención, no conseguirá realizar ninguno de los propósitos generales del discurso y seguro fracasará. El lenguaje debe ser diáfano, sencillo, inteligible, cortés y cuidadoso, debe estar exento de expresiones que desdigan del carácter artístico que es condición propia de toda obra literaria. No logran este requisito los oradores que por halagar al público en sus manifestaciones primitivas, recurren al chiste grosero, al giro insolente o las formas de expresión de las clases incultas de la sociedad. Siendo la belleza exterior, el reflejo de la verdad y de la belleza moral, el orador jamás deberá emplear un lenguaje que no sea puro, tanto en el fondo como en la forma.

La extensión del discurso.—Detalle importante, es en el discurso, la extensión; olvidarlo, contribuye en muchas ocasiones el fracaso seguro del orador. Es preciso tener siempre presente que, la atención de acuerdo con las leyes elementales de la psicología, no puede permanecer indefinidamente fija en una misma dirección; por consiguiente, necesita el orador tomar muy en cuenta el tiempo que se apodera de la atención de sus oyentes. No cabe duda, que este tiempo varía según la clase de discurso e importancia del tema que se trate; pero a pesar de todo, nunca debe ocuparse la atención de un auditorio por más de una hora, es el tiempo máximo que, según la ciencia psicopedagógica, puede permanecer atento quien escucha, con una atención concentrada.

La pronunciación.—No exageramos al afirmar que la pronunciación entraña en sí el buen éxito del discurso; pero eso no es de extrañar que, preguntando Demóstenes en cierta ocasión cuál era la primera y más importante de las partes del discurso, el gran orador respondió: *la pronunciación*; y preguntándole de nuevo, cuál le seguía en importancia, volvió a decir que, *la pronunciación* y por tercera vez, contestó lo mismo. La pronunciación es, en efecto, el espíritu y la vida de los discursos, y nada hay que contribuya con más fuerza y poder, a lograr los fines de la oratoria que una pronunciación animada, enérgica y elegante, sin exageraciones.

Tanta es la importancia de la pronunciación, que basta hacerla correcta, para darle apariencia de bueno, a un discurso mediano; y, el discurso mejor, por el contenido y la belleza del lenguaje, parecerá detestable en labios de un orador balbuciente y defectuoso en la pronunciación.

La pronunciación, es en sí, la enunciación de los pensamientos de un discurso por medio del lenguaje oral y el lenguaje de la acción, acomodados a los sentimientos e ideas de que se halla poseído el orador.

El estilo.—El estilo, lo mismo que el lenguaje, se caracteriza por la variedad, de acuerdo con los diversos matices de la oratoria. El estilo del discurso debe estar en armonía con la clase de oratoria, con el asunto y la materia que trate el orador y particularmente con el carácter del auditorio; en general debe ser sobrio y natural, ya que, por regla común, la palabra hablada suele ser sencilla y flúida, no son propios de ella, ni giros raros ni expresiones rebuscadas.

El estilo ha de ser culto y elegante en su forma, sólido y severo en su fondo. El estilo patético solamente podrá usarse cuando la grandiosidad de las hazañas que narra el orador o de las figuras que realza le exijan dejar la sobriedad y el cálculo de una expresión fría.

Ejemplos.—Como discurso en el cual el lenguaje está en armonía con la condición de quienes escuchaban y del propósito del discurso oratorio, tenemos el pronunciado por el gran orador mexicano don Ignacio M. Altamirano, en los funerales de Ignacio Ramírez, el 16 de julio de 1879, y que se inicia así:

“Señores:

“A labios más dignos y a un espíritu más sereno, pudo la Suprema Corte de Justicia confiar el difícil encargo de relatar los grandes, los inmensos servicios que prestó a la humanidad, a la libertad y a la ciencia, el grande hombre cuya muerte lamenta hoy la Patria. Pero lo confié a los míos, juzgando quizá que yo desempeñaría este deber con la religiosa satisfacción con que el creyente del primer siglo de nuestra era relataba, en el silencio de las catacumbas y en las horas solemnes de la reunión de familia, los triunfos del confesor y del mártir de la antigua fe.

“El alto cuerpo al que tengo el honor de pertenecer se anticipó a mis deseos y yo acepté agradecido, sin embargo, que a la humildad de mis facultades debía agregarse el terrible obstáculo de mi pesar. Señores: el dolor no es elocuente, y yo estoy sintiendo uno de los más grandes dolores que han nublado mi espíritu, desde el instante en que he visto exhalar el último aliento al maestro sublime a quien amaba como a un padre, desde mi niñez.

“Pero el esfuerzo del patriota dominará la debilidad del hombre y diré en alta voz lo que ya os habéis dicho en el secreto de vuestra con-

ciencia, lo que el pueblo repite en sus tristes conversaciones, lo que la historia recoge ya de los labios de los hombres honrados de México.

“La pérdida que hoy sufre la República es irreparable; el hombre que acaba de morir no puede substituirse ni en las filas del gran partido nacional, ni en el campo de la ciencia, ni en el rol de los grandes patricios.

“En este país sólo es lícito al extranjero, al niño o al ignorante preguntar de buena fe quién fue Ignacio Ramírez y cuáles fueron sus servicios a la patria. Al insensato blasfemo que aparentase ignorarlo, por odio o por despecho, habría que volverle la espalda con desdén, o que buscar en su frente la marca de condenación impresa por el juicio severo del grande hombre o por la victoria de los principios que defendió, acaudillando al pueblo.

“A los primeros, hay que relatarles cuarenta años de nuestra vida pública, de nuestra marcha científica, de nuestra evolución moral. ¡Cuarenta años! Toda la historia moderna de México, una lucha de titanes, el trastorno de diez cataclismos.”

Don Justo Sierra, que como poeta y prosista se caracteriza por la belleza de su estilo, como orador, cuando la ocasión así lo requería, hablaba con sencillez y en la forma más apacible, que orador alguno podría hacerlo, así lo advertimos en el discurso pronunciado, el 31 de enero de 1874, al dirigirse a funcionarios del gobierno y a los niños de una escuela, en los términos siguientes:

“Niños, la obra no está consumada. El libro debe pasar a las manos de vuestros hermanos, que más desgraciados que vosotros no saben leer todavía. No saber leer es estar ciego, es no tener consuelo para el dolor, es no tener fuerzas para el trabajo, es no tener aspiración en el alma, ni luz en el horizonte, ni un rayo de sol dentro del humilde hogar. Los campos de nuestra patria están regados de esos seres infelices en quienes el espíritu parece la llama vacilante de un fanal inútil; para esos pobres niños no hay libro ni instrucción: ¿cómo queréis que amen la patria? ¿qué significa para ellos este nombre? El triste recuerdo del padre llevado por fuerza a la guerra y sacrificado en un rincón oscuro, del hogar desnudo, de la madre sola, del pobre campo incendiado.

“Hablemos de concordia y de porvenir, porque la democracia, como el Cristo, ama a los niños; únense a los aleluyas de estos seres inocentes las estrofas de la lira y el canto marcial de nuestras victorias; pero no olvidemos, no olvide la patria, que se están sucediendo a nuestro lado las generaciones de esclavos, que nuestras fiestas están enlutadas por una sombra, que necesitamos un diluvio de instrucción por bautismo en las cabezas de esos melancólicos vencidos de la conquista, que esa será una

inmensa inmigración de almas en el seno de nuestra sociedad, que necesitamos hacerlo así, si queremos adelanto y progreso, que debemos hacerlo así, si somos dignos de llamarnos hombres libres."

El estilo empleado por el maestro Sierra es sobrio y natural, se advierte en esa difícil sencillez, la palabra flúida propia de uno de los más grandes tribunos de América.



Justo Sierra

24/81